

## VII

La lluvia cesó al amanecer; sin embargo, Ana se levantó de la cama recién a media mañana, cuando la claridad solar iluminó su habitación en la cabaña atravesando las nubes en retirada, las frondosas copas de los árboles del jardín y de las casas vecinas, y las gruesas cortinas que adornaban el ventanal del dormitorio que daba al patio lateral donde ella guardaba su Fiat 147. El mal clima parecía haber iniciado un viaje de ida aunque el pronóstico adelantaba que el retorno podía ocurrir al final del mismo día, por lo que la mujer decidió aprovechar al máximo las horas intermedias. Con el pijama aun puesto -el mismo constaba de una musculosa y un *short* de algodón a rayas rosas y violáceas- salió por un momento al jardín trasero y al advertir que el sol radiante y el cielo despejado indicaban que iba a ser una jornada calurosa, regresó a su dormitorio y en vez de vestirse con ropa interior se colocó la bikini de dos piezas y color verde agua, y arriba de ésta una remera blanca de mangas cortas y pantalón corto de jean.

Ana pasó por la habitación de Carolina y confirmó que su amiga ya se había ido a su lugar de trabajo desde donde luego partiría hacia el domicilio de sus padres ubicado en la capital provincial, tras lo cual, se dirigió a la cocina para beber un poco de agua fría de la heladera y comer unas uvas, aunque no demasiadas ya que su intención era ir a desayunar con Manu.

Encendió su *smartphone* y después de chequear que no tenía ningún mensaje pendiente de lectura fue al baño apurada y terminó de alistarse delante del espejo en el que vio reflejado un semblante distinto al habitual. “El día está re lindo y estoy cansada de manejar, así que me voy caminando”, se dijo Ana antes de salir de la cabaña rumbo a la posada, cargando en el hombro un bolso en el que llevaba una muda de ropa y otros objetos personales acordes a la ocasión.

Y apenas inició el recorrido, la mujer se recogió el pelo con una cola para que su cuello no sudara demasiado y se colocó la gorra que le había dado Manu el día anterior durante la excursión a *Gipfel*. “No creo que me la pida y si lo hace, seguro que me va a ofrecer la otra a cambio”, habló entre risas y luego tomó su celular para enviar un mensaje instantáneo al traductor: “Estoy yendo para la posada.”

Ana entró al salón comedor de *Los Sauces* y chequeó nuevamente su celular y su mensaje instantáneo seguía sin los dos tics celestes, por lo que el destinatario no lo había leído aun. El amplio ambiente estaba desierto ya que los huéspedes se encontraban disfrutando del sol y la pileta en el jardín o ya habían partido rumbo a alguna excursión o paseo, por lo que la mujer se sentó a esperar en la mesa para dos en la que había desayunado la mañana anterior con Manu. Sólo los dos ovejeros se le acercaron para hacerle compañía a sus pies descalzos con sus bostezos y sus respectivas respiraciones agitadas.

De todos modos, la soledad de Ana no se prolongó demasiado ya que su amigo polaco apareció en el salón, donde ya no se servía el desayuno porque era casi mediodía.

-Parece que tu amigo se quedó dormido -Odek procuró sonar burlón pero las facciones de su rostro adusto conspiraban en su contra-. ¿Querés que lo vaya a despertar?

-No hace falta -Ana se puso de pie y caminó al encuentro de Odek, a quien saludó con un beso en la mejilla-. Calculo que ya debe estar por levantarse solo.

-Digamos que vos no tenés cara de haber madrugado -el polaco miró a su amiga con media sonrisa.

-¿Tan mal me veo? -Ana dio un paso hacia atrás, alejándose de Odek y se miró de arriba abajo.

-Para nada. Te ves bárbara pero tenés la típica cara de que recién se levanta de la cama.

-Bueno, gracias.

-Y también se nota que no desayunaste.

-La idea era desayunar con Manu pero parece que se nos hizo un poco tarde... - Ana miró a su alrededor torciendo la boca.

-No te preocupes. Sentate que te preparo un café -Odek señaló con la mano la mesa en la que la mujer había estado sentada hasta hace unos momentos-. ¿Querés algo de comer? ¿Una tostada?

-No, gracias. Pero si vos tomás el café conmigo voy a estar bien.

-De acuerdo -Odek dio media vuelta y enfiló hacia la cocina-. Marchan dos cafés.

-¿Y Laura? -preguntó Ana justo antes de que el polaco atravesara la arcada que conectaba el salón con el distribuidor.

-Salió con los chicos a hacer unas compras -Odek dio media vuelta para dirigirse a Ana-. En un rato vuelve.

-Ok -asintió Ana. Mejor que ella no esté así puedo hablar tranquila con él, aunque sea por un ratito, pensó mientras Odek se perdió de su vista, en el interior de la cocina.

Apenas se despertó, Manu encendió su celular y vio el mensaje que le había enviado Ana hacía casi una hora, por lo que se alistó tan rápido como pudo, ordenó la ropa tirada sobre su bolso de viaje y salió raudamente de la habitación, vestido con un short de baño, una remera limpia y su par de ojotas tipo Havaianas. “¡Cómo me quedé dormido! Me quiero matar”, se dijo antes de pisar el salón, aunque cuando lo hizo, su

temor a que Ana se hubiese cansado de esperarlo y regresado a su cabaña se disipó con la velocidad del viento que soplaba cálido del norte, acelerando todos los procesos que tocaba con sus tentáculos de fuego.

Por su parte, Ana y Odek se encontraban sentados en la mesa preferida de Manu, con los pocillos de café vacíos, y apenas lo vieron entrar al salón lo saludaron con sendos gestos con las manos. Y mientras el huésped dejó las llaves de su habitación sobre el mostrador del polaco para que el personal de limpieza fuese a cambiarle la ropa de cama y las toallas, el dueño de la posada le dijo por lo bajo a la mujer:

-Hacía mucho tiempo que no te veía tan contenta. En serio.

-Basta -Ana apenas susurró y con el rabillo del ojo siguió a la distancia los movimientos de Manu, quien se acercaba a la mesa-. No digas más nada.

-Está bien -Odek se puso de pie-. Pero tengo razón y vos lo sabés.

-Buen día -dijo Manu al llegar hasta la mesa, donde saludó a Ana con un beso en la mejilla y a Odek con un apretón de manos.

-Buenos días -respondió el polaco recogiendo los pocillos vacíos y alejándose para depositarlos en una bandeja apoyada en otra mesa en la que había más trastos de cocina-. ¿Querés un café?

-Sí, por favor -Manu se ubicó en el asiento previamente ocupado por Odek, de frente a Ana.

-¿Vos, Ana, querés otro? -preguntó Odek de pie junto a la mesa y con la bandeja en sus manos.

-Si no es mucha molestia....

-Para nada. Enseguida vuelvo.

-¿En qué acertó esta vez tu amigo? -inquirió Manu apenas Odek abandonó el salón y él y Ana estuvieron los dos solos.

-Nada importante -Ana miró nerviosa hacia el ventanal y el traductor procuró llamarle la atención tomándola de la mano que había dejado estirada sobre el mantel.

-Ok. Pero si fuera vos, le haría caso a lo que dice Odek porque no le erra nunca - Manu miró a la mujer con los ojos bien abiertos y Ana no pudo evitar largar una fuerte carcajada.

-Perdón por lo de anoche -se disculpó Ana, más seria-. Sé que cambié de planes a último momento pero bueno... no dependía de mí.

-Lo entiendo y no tenés que disculparte -Manu acarició los dedos de la mujer que los recogió enseguida apenas se percató que Odek ingresaba al salón con los dos cafés.

El dueño de la posada dejó los pocillos llenos sobre la mesa y se retiró rápidamente para poder continuar con sus quehaceres, seguido por los dos perros que se levantaban del suelo cada vez que veían a su amo; en tanto que Ana y Manu volvieron a quedarse solos.

-¿Qué querés hacer? -la pregunta de la mujer era tan amplia y vaga que a Manu se le cruzaron en un instantes varios planes juntos pero ninguno de ellos vinculados a la villa y los paseos pendientes.

-Podríamos ir a recorrer los arroyos del centro y el cerro de la virgen, ¿no? - disimuló él.

-Eso lo podemos hacer a la tarde, cuando baje un poco el sol. Total son trayectos cortos -Ana echó un rápido vistazo al salón y al no advertir moros en la costa volvió a estirar sus brazos y a tomarse de las manos con Manu.

-Veo que trajiste la malla -el traductor podía ver como el corpiño de la bikini se traslucía debajo de la remera blanca de ella-. Así que podemos quedarnos a tomar sol y meternos en la pile hasta la tarde. ¿Qué te parece?

Ana observó a través de la ventana que los huéspedes que estaban alrededor de la pileta comenzaban a retirarse satisfechos, probablemente con la intención de empezar a hacer planes para el almuerzo o para descansar un poco a la sombra de sus respectivas habitaciones que contaban con aire acondicionado.

-Me parece bien -respondió la mujer al cabo de unos segundos.

-¡Perfecto! -Manu se paró con un ágil movimiento-. Yo voy a buscar las toallas a la habitación y vos esperame en las reposeras.

-Ok.

Manu y Ana permanecieron dos horas tomando sol junto a la pileta y dándose chapuzones cada quince o veinte minutos ya que el calor se tornó por momentos insoportable, al igual que los mosquitos que daban vueltas por la tupida vegetación del jardín. Afortunadamente, la mujer había llevado en su bolso de mano repelente en aerosol, el cual compartió con el traductor, visiblemente molesto por las constantes picaduras. Ella, en cambio, se mostró más acostumbrada a la presencia de los insectos, por lo que no se quejó tanto, aunque no pudo evitar rascarse cada vez que sentía una irritante comezón tanto en sus brazos como en sus piernas desnudas. Así fue que Manu descubrió que la piel de Ana era extremadamente sensible ya que ante cada rascadura quedaba colorada, lo que resaltaba a simple vista sobre una tez bien blanca.

Durante esos momentos de ocio y relajación, el traductor y la mujer no dialogaron mucho entre sí. Más bien se dedicaron a leer y escuchar música, respectivamente, cada uno por su lado y a compartir una botella de agua fría que Manu guardaba en la heladera de la cocina de Odek, quien solo se acercó a ellos en una sola ocasión para preguntarles si se encontraban bien y necesitaban algo. Y si bien tuvieron todo el jardín y la pileta a

su entera disposición, no hubo besos ni caricias, y actuaron como si fuesen simplemente buenos amigos y nada más.

Alrededor de las 14.30, justo antes de que cerraran los locales comerciales para respetar la sagrada hora de la siesta, Manu y Ana fueron a comprar el almuerzo a una casa de comidas ubicada a una cuadra de la posada, sobre la misma calle que ésta, donde ordenaron, por recomendación de ella, una tortilla de papa, cebolla de verdeo y queso; la cual acompañaron con una cerveza rubia bien helada e inmersos la fresca opacidad de la superficie ubicada bajo los sauces, de los cuales colgaban un par de hamacas paraguayas aunque la pareja prefirió ubicarse en las reposeras y una mesa de jardín y sentirse más cómodos para comer.

-Cuando vivía acá, en el verano dormía la siesta en esas hamacas -comentó Ana cuando finalizaba el almuerzo.

-No sabía que habías vivido acá.

-Fue apenas nos instalamos con mi ex. Él era muy amigo de Odek y como al principio no teníamos dónde vivir el polaco nos ofreció quedarnos, sobre todo, porque en esa misma época Juan y yo trabajábamos para la posada.

-Mira vos -Manu tomó un trago de su cerveza, vertida en un vaso de vidrio que había pedido en la cocina.

-Una vez me dormí tan profundamente que me desperté cuando ya era de noche y nadie sabía dónde estaba. Odek, Laura y Juan me estaban buscando por todos lados y nunca me vieron envuelta adentro de la hamaca.

-Y... entre lo flaca que sos y la oscuridad no habrá sido fácil visualizarte - bromeó Manu.

-Fue comiquísimo porque ellos se pensaron que me había pasado algo malo y estaban a punto de llamar a la Policía -recordó Ana con una sonrisa.

-¡¿Para tanto?! ¿Pero que te podría haber pasado?

-¡Qué se yo! -la mujer ladeó la cabeza-. Fue una época complicada. Pero ya pasó. Creo.

-¿Qué pasó? -Manu se acomodó en la reposera, con las piernas estiradas sobre la misma.

-Es una larga historia. Otro día te la cuento -Ana se levantó de su asiento-. ¿Te molesta si uso tu baño?

-Para nada -Manu estiró su brazo y le alcanzó las llaves de la habitación a la mujer que, agradecida, se dirigió al interior de la posada, donde permaneció un largo rato, el cual fue aprovechado por el traductor para limpiar la mesa y arrojar los desperdicios y envases vacíos en uno de los tachos de residuos del jardín. Y para cuando ella regresó, él ya había vuelto a colocar las reposeras al lado de la pileta con la intención de seguir tomando un poco de sol y zambullirse en la pileta antes de salir de paseo.

Cerca de las 17, Ana le indicó a Manu que ya era hora de comenzar la excursión, por lo que ella le pidió permiso para volver a utilizar su baño y así poder cambiarse la bikini mojada por un conjunto de ropa interior que llevaba en su bolso, donde también guardó sus ojotas para calzarse las zapatillas. El traductor también debía cambiarse la malla y el calzado; sin embargo recién lo hizo cuando la mujer abandonó su habitación. Y una vez que ambos estuvieron listos iniciaron la caminata por la calle de la posada hacia el norte, en dirección a la ruta atravesada por el primer arroyo que se podía recorrer por su margen derecha, donde había un sendero de tierra que iba agua arriba y



de este a oeste, en forma de una parábola de unos dos kilómetros de extensión alrededor del centro comercial de la villa y que finalizaba en el bosque de la entrada sur de la comuna, desde donde se tomaba la avenida por la que se transitaban otros dos kilómetros hasta la entrada de la base del Cerro de la Virgen.

El sendero a la vera del arroyo estaba embarrado en algunos de sus tramos que permanecían a la sombra todo el día, mientras que el agua se veía turbia y con bastantes desperdicios debido a las corrientes que había generado la tormenta de la madrugada. Pero esto no impidió que Manu disfrutase del recorrido, el cual se abrió paso entre complejos de cabañas, posadas y hosterías, cuyos jardines en muchas ocasiones tenían salida propia a la rivera en la que también había cada 300 o 400 metros un descanso en un claro donde había bancos y mesas construidos en cemento y de libre acceso, como en una plaza pública.

Generalmente, estos espacios se ubicaban a la altura del arroyo donde funcionaba un puente de hierro y madera que permitía cruzar a la margen izquierda. Fue en cada uno de estos sitios en los que Manu se detuvo a tomar fotografías del paisaje con su celular y también imágenes de Ana posando en esos escenarios, aunque para convencerla de lo segundo él debió recurrir a una extenuante charla, como la que habían mantenido cuando tomaban sol y se bañaban en la pileta de la posada y ella se negaba rotundamente a que la fotografiase.

-No las voy publicar en ningún lado. Quedate tranquila. Si no tengo Facebook siquiera -explicó él parado en la escalinata del puente, enfocando hacia la baranda en la que Ana estaba sentada, con la vista hacia el curso de agua, sin mirar hacia la lente del *smartphone* del traductor.

-Entonces yo te saco a vos también -Ana se volvió hacia Manu después de escuchar el *click* que indicaba que él ya había hecho una toma.

-Ni en pedo.

-¿Por qué?

-Porque vos sos más linda que yo -Manu guardó su celular en el bolsillo de su bermuda-. No desentonás con el paisaje. Yo sí.

Cuando se pone así me dan ganas de pegarle, se dijo Ana apretando los dientes pero sin exhibir su malestar y al cabo de unos instantes señaló:

-Pero a mí me da vergüenza y a vos no.

Ante esta situación, el traductor entendió que su actitud no iba a conducirlo a buen puerto, por lo que entregó su celular a Ana para que ésta tomara fotografías de él.

-Después te la mando por *Whatsapp* junto a la tuyas -indicó él colocándose en la misma posición que había adoptado ella sobre la baranda del puente.

-Pasame las mías nomás -rió ella.

-No ves que solo mala -Manu frunció el ceño justo cuando Ana tomó la foto.

-¡Jajá!

-Sacame otra que seguro salí con los ojos cerrados.

-Ok. Ahí va -Ana sacó la foto y acto seguido se acercó hasta dónde se encontraba Manu para regresarle su celular, pero él se distrajo mirando el zigzagueante torrente que discurría entre las rocas hacia el poniente, como si la proximidad con el sol lo secase por completo hasta hacerlo desaparecer.

-Me encanta este lugar -expresó el traductor embelesado por el arrullo del agua pasando incesantemente bajo sus pies.

-A mi también -Ana se inclinó hacia delante y apoyó ambos brazos sobre la baranda, imitando a Manu, parado junto a ella, a escasos centímetros de distancia.

-Creo que empiezo a entender por qué te gusta tanto esta villa -Manu corrió la vista del paisaje y la clavó en el rostro de Ana, quien llevaba su cabellera suelta, excepto

por una hebillas que recogían su flequillo, ya que la misma aun estaba húmeda- pero, ¿no te gustaría volver a tus pagos en algún momento?

Ana respiró hondo, pensativa.

-Claro que sí, pero no sé cuando voy a poder -respondió tras un largo resoplido-.

No es una cuestión de querer, solamente.

¡Guau!, ésta sí que es una Ana madura, pensó él y luego dijo en voz alta:

-Yo extrañaré mi barrio.

-Yo también lo extraño. Y extraño a mi familia, mis amigas, ir a la cancha a ver a La Academia...

-También podrías terminar tus estudios.

-Cierto.

-¿Entonces qué es lo que te retiene acá? -Manu seguía mirando fijo a la mujer que se frotaba las manos.

-Cuando llegué acá tenía otros proyectos en mente que no tenían que ver directamente con la villa. Pero ahora que no los tengo más, siento que éste es mi lugar, que me convertí en parte de todo esto. ¿Me explico?

-Sí, sí -asintió Manu-. A mí me pasó algo similar con mi ex.

-¿Ah, sí? -Ana se volvió hacia él.

-Ajá -ahora era Manu quien miraba hacia el frente, en dirección al oeste-. Cuando ella se vino a vivir conmigo a Trevithick dejó su querido territorio porteño y por más que alquilamos un departamento más grande y cómodo que el que yo tenía...

-¿El que conocí yo? -interrumpió ella.

-Sí, el mismo.

-Ok.

-Y compramos un auto entre los dos para no perder tanto tiempo viajando, ella nunca terminó de sentirse a gusto porque su lugar era la Capital.

-¿Y el tuyo?

-El mío ya no era la Capital.

-¿Por eso se separaron?

-Entre otras razones que no vienen al caso en este momento.

-¡Cómo te hacés el misterioso, eh! -Ana palmeó a Manu en el lomo.

-¡Mirá quién habla!

-Yo no me hago la misteriosa.

-¿En serio?

-Sí, en serio.

-Entonces por qué no me contás esa larga historia que te trajo hasta acá.

-Porque no tenemos tiempo ahora.

-No me mientas.

-Es la verdad.

-La verdad es la que no me querés contar.

-Yo no te oculto nada.

-Y yo no te pido que me cuentes detalle por detalle, pero al menos sacame un poco la intriga.

-Está bien, pero te lo cuento mientras caminamos porque no vamos a llegar al cerro.

-Ok. Dale -Manu retomó la caminata al instante y Ana caminó a la par de él por el sendero que bordeaba el arroyo.

Según la mujer, hacía quince años, aproximadamente, Juan había conocido a Odek y a Laura durante una estadía en Londres, donde los tres coincidieron trabajando en el mismo hotel ubicado en la hiper transitada zona de *Piccadilly Circus*, donde los dos hombres concurrían diariamente a los *after office* en los *pubs* de los alrededores después de completar su turno laboral no sólo para beber cerveza y pasar un buen rato, sino también para evitar viajar en los medios de transporte públicos durante el horario pico, cuando rebalsaban de pasajeros.

Ya de regreso al país, el ex de Ana pasó a trabajar en un lujoso hotel de Puerto Madero, mientras que la pareja se radicó primero en La Matanza, donde residía la familia de Laura, y poco después en la villa para abrir la posada.

Todo marchaba bien hasta que Juan, quien ya estaba en pareja con Ana, debió dejar su trabajo y decidió reubicarse en el valle, donde le pidió ayuda a su amigo polaco, quien no dudó en darle una mano a él y a su mujer.

-La pregunta del millón es: ¿Dónde está Juan ahora? -preguntó Manu cuando Ana acabó su breve relato, en momentos en que llegaban al final de arroyo, que al cruzar la avenida junto al bosque desembocaba en otro cauce que cursaba el suelo.

-Juan se volvió a Londres para buscar un trabajo mejor y, a la vez, estar lo más lejos posible de este país.

-¿Y por qué no fuiste con él?

-Porque yo ya había sacrificado demasiado cuando lo seguí hasta acá. Y después de mucho esfuerzo pude conseguir el puesto en la sucursal local y también me empezó a ir bien con el negocio de los dulces....

-Claro.

-No estaba preparada ni dispuesta para irme de acá. Quizás, en otro momento y bajo otras circunstancias lo habría hecho y me hubiera ido con él.

-Pero no lo hiciste.

-No. Y ése fue el fin de la relación.

-Igualmente, hay algo que no entiendo.

-¿Qué cosa? -Ana dejó de caminar y colocó sus brazos en jarra.

-Por qué Juan dejó el trabajo en Puerto Madero cuando los dos estaban conviviendo en Buenos Aires.

-Esa sí que es otra larga historia que no pienso contártela ahora -la voz de Ana sonó extrañamente severa.

-Ok, ok -Manu alzó ambas manos con las palmas hacia adelante-. ¿Y por qué decidió dejar la villa tampoco me lo vas a contar?

-¡Cómo estamos hoy, eh! -la mujer recobró cierta jocosidad y reanudó la caminata por la vereda de baldosas sobre la que se estiraba una larga hilera de comercios de todo tipo, muchos de los cuales exhibían su mercadería en la vía pública.

-Está bien. No te molesto más.

-Te la hago corta:

-Dale.

-Digamos que Juan quería tener su propio negocio hotelero y con Odek no lo podía conseguir.

-¿Por eso ellos dos se pelearon y el polaco tomó partido por vos?

-Puede ser.

-¿Y Laura que onda? -Manu aceleró el paso para no perderle pisada a Ana, quien se apuraba por llegar al cerro con la luz natural-. Porque se la ve poco y nada por la posada, y cada vez que aparece está con mala cara, totalmente opuesta a Odek.

-Es una mujer complicada. Siempre fue así.

-Se nota.

-Pasa que ella se llevaba bien con Juan desde la época en que trabajaron los tres en Londres y así como a Odek no le gustaron algunas actitudes de él, a Laura no le gustaron algunas de las mías, y eso que ella fue una especie de madrina mía y me enseñó a preparar los dulces...

-¡Qué complicado! -expresó Manu deteniéndose para atarse los cordones de sus zapatillas.

¿Complicado? Y eso que no le conté la historia completa, pensó ella, quien continuó con el paseo como si nada.

Pasando una curva de la avenida funcionaba una estación de servicios y a unos 100 metros de la misma, adentrándose en el cerro, había una tranquera hecha con pedazos de troncos a la que estaba clavado un cartel que indicaba que por allí se entraba al paseo. Ni bien cruzaron el ingreso, Ana se dirigió hacia la derecha hasta encontrar la subida del angosto sendero por el que la siguió Manu. Al principio, el camino era empinado aunque tenía varios descansos para recobrar el aire. A medida que avanzaban, la panorámica se fue agrandando, robando toda la atención del traductor. En el cielo, el sol aun brillaba y con sus últimas fuerzas corría algunas nubes plomizas hacia un extremo del firmamento.

Fueron, aproximadamente, unos 45 minutos de caminata intensa sobre un suelo cubierto de rocas del precámbrico, como cuarzo, feldespatos y mica, hasta llegar a la cima, donde se levantaba la imagen de la Virgen del Valle, rodeaba en ese momento por un grupo de turistas que había ascendido primero y tomaba una serie de “*selfies*” con un largo *stick*, lo que le permitía realizar distintas y variadas tomas.

Como este grupo se demoraba con decenas de fotografías, Manu se sentó sobre una roca, lejos del mirador ocupado por aquellos otros visitantes, y desde allí vio todo

celeste, verde y rojizo ya que bajo el cielo despejado se alzaban las copas de los árboles y los techos de tejas de las distintas construcciones, entre las que sobresalía la torre del salón de eventos municipal. Entonces, el traductor comenzó a imaginarse como sería un cuento sobre caballeros, doncellas y dragones en aquel encantador lugar que parecía extremadamente diminuto en perspectiva con las sierras grandes del valle que vigilaban todo desde la lejana línea del horizonte.

Mientras una leve brisa refrescaba su rostro y terminaba de secar su cabellera, Ana se sentó junto a Manu y le señaló un claro en la villa, donde se alcanzaba a ver una gran cantidad de artefactos multicolores.

-¿Qué hay ahí? -Manu siguió con sus ojos el dedo índice de la mujer.

-Esa es la plaza principal.

-Ajá. ¿Y esas cosas de colores?

-Esos son los *stands* de la *Sommerfest* -Ana contrajo el brazo y lo cruzó sobre su regazo-. Es una especie de mini fiesta de la cerveza que dura tres días.

-¿Cuándo empieza?

-Esta noche.

-¿Vamos? Yo quiero ir.

-Mirá que no es como la fiesta de octubre.

-No importa.

-Hay menos stands de bebidas y comidas, y también menos shows en vivo.

-Vamos igual.

-Ok. Vamos -Ana se paró y extendió su mano para tomar la de Manu-. Pero primero vayamos al mirador.

El traductor se puso de pie y al ver que aquella estructura símil escenario se había despejado, dado que los demás visitantes acababan de iniciar el descenso, caminó



hacia ella portando en su mano derecha su celular con la cámara lista para registrar aquel momento.

Manu permaneció de pie, inclinado sobre el borde lo suficiente para poder ver hacia abajo pero no tanto para colocarse en una posición de riesgo y mientras tomaba una foto secuencia del paisaje, del cual Ana formaba parte, no pudo evitar emocionarse.

-Todos los primerizos que llegan hasta acá suelen llorar con esta vista -señaló la mujer al ver los ojos vidriosos del traductor, que adoptaban un tono azulado por efectos de las luces artificiales de la estatua de la virgen.

-¿Vos lloraste? -Manu dio unos pasos hacia atrás y se volvió hacia la imagen iluminada.

-Sí, claro.

-Sos de llorar bastante, ¿no? -el traductor se sentó en un banco de madera situado a un costado de la virgen y guardó el celular en el bolsillo de su pantalón.

-No soy una llorona, che -Ana se ubicó al lado de él y le dio un débil puñetazo en el brazo, a la altura del bíceps, a raíz de lo cual, Manu lo levantó y lo pasó por la espalda de ella, abrazándola.

-No me vayas a decir que no lloraste el año pasado cuando se retiró tu querido Príncipe Milito porque no te creo.

-No, ni en pedo -Ana miraba el paisaje, procurando no cruzarse con los afilados ojos del traductor.

-Y decime otro momento o situación en la que hayas llorado.

-En diciembre de 2015 lloré cuando se fue la presidenta, por ejemplo.

-La morocha, claro -dijo él. ¡Qué manera de romper el romance!, se quejó mentalmente.

-Mi corazoncito siempre va a estar con ella.

-Me imagino -coincidió él, resignado, y después recogió el brazo que descansaba sobre los hombros de ella y lo colocó sobre sus muslos.

-No seas malo, eh.

-No lo soy. Pasa que me cuesta entender....

-¿Qué cosa?

-No sé -Manu hizo una pausa y se rascó la frente-. Yo soy de llorar, como verás, pero lloro por mí o por personas de mi entorno, con quienes tengo una relación de cercanía y el afecto es mutuo.

-¿Ah, sí?

-Sí. Lloro cuando les pasa algo malo a mis padres, a mi hermana, a mis amigos. He llorado por la pérdida de mis abuelos y por mis parejas fracasadas.

-¿Lloraste por mí? -Ana miró a Manu, quien enfocaba la vista en un cielo cada vez más oscuro.

-No me acuerdo. Creo que no. Lo que sí, hubo varias veces que me hiciste enojar.

-Es probable.

-Hubo una vez en la que me saludaste para el Día del Amigo, poco después de nuestra última cita. ¡Cómo te puteé esa noche!

-¡Jajá!

-No es gracioso.

-Lo sé. Perdón -los ojos de Ana se disculpaban mejor que las palabras que acababan de salir de su boca.

-Ya está. Ya pasó -Manu se reincorporó de un salto y ayudó a Ana a levantarse-. No lo dije para reprochártelo. Sólo respondí a tu pregunta.

-Ok -la mujer se sacudió el polvo de su *short* y guardó los anteojos para el sol en su bolso-. Mejor bajemos, que se está haciendo de noche y si bien es un sendero fácil, y se tarda menos en el descenso, dentro de poco no se va a poder ver nada.

-Tenés razón. Vamos –Manu arrancó a caminar primero que ella y, a diferencia de lo ocurrido en el ascenso, esta vez fue él quien estuvo adelante todo el trayecto, el cual completaron casi en penumbras.

El acuerdo entre Manu y Ana fue reencontrarse antes de cenar, en la esquina de la plaza principal donde se ubicaba el escenario en el que se desarrollaba una serie de números musicales, con cantos y bailes de distintas nacionalidades, como parte de la *Sommerfest*, por lo que al finalizar la excursión por los arroyos y el Cerro de la Virgen ella regresó por su cuenta a la cabaña para ducharse y vestirse, y él hizo lo propio en su habitación de *Los Sauces*.

Con el cielo encapotado y un leve viento sur, la noche se tornó agradable aunque siguió siendo cálida, ante lo cual, Ana se colocó un vestido corto confeccionado en una fibraná estampada con flores multicolores y ajustado con un fino cinturón blanco que hacía juego con sus sandalias: mientras que Manu vistió una bermuda oscura, una camisa color tiza y de mangas cortas, y unos náuticos beige.

Al momento de encontrarse en una plaza atestada de personas, tanto turistas como residentes locales, arriba del escenario había un grupo de la colectividad checa bailando una Polca que resultó poco interesante para Ana, quien le sugirió al traductor alejarse de allí en dirección al extremo opuesto de la explanada donde, junto a unos maceteros de piedra con flores y arbustos, funcionaban los *stands* de comidas y cervezas artesanales.

Aquella música hizo que Manu recordara su visita a la encantadora *Praha*, a pesar de que durante su breve estadía allí no había oído ni una sola pieza de ese estilo. De hecho, para el traductor, lo más parecido entre aquella ciudad y la villa eran las plazas y callejuelas repletas de paseantes que representaban diversas culturas de alrededor del mundo y se fusionaban como en el lienzo de un pintor ecléctico; y, por supuesto, la exquisita comida y las más variadas cervezas. Y, además, ambos lugares tenían en común una pizca de arquitectura medieval, aunque al valle le faltaba, definitivamente, un castillo como el *Pražský hrad*, el principal tesoro de la antigua capital del Reino de Bohemia.

¡Qué ganas de volver!, se dijo Manu, quien si bien tenía una gran capacidad para aprender nuevos idiomas el checo le había resultado extremadamente difícil, especialmente por su pronunciación. Y mientras recordaba aquel inolvidable viaje, el cual incluyó otras capitales europeas, se sentó junto a una mesa redonda de fibra de vidrio, con patas de hierro y *ploteada* con la publicidad de una cerveza alemana, enfrente de Ana. Y como no había mozos, él se ofreció a ir por la cena.

-¿Qué querés comer? –Preguntó el traductor poniéndose de pie y colocando sus manos en los bolsillos-. Yo invito.

-Lo que vos quieras –respondió ella cruzada de piernas en su asiento de lona con la misma publicidad color ámbar que la mesa.

Manu primero se dejó a atraer por la imagen de la piel desnuda y tostada de los muslos de Ana pero rápidamente alzó la vista y enfiló hacia uno de los *stands* en los que vendían diversos platos y bebidas. Pero era tanta la gente que se había acercado a la plaza que se formaban largas filas en todos estos puestos, los cuales eran atendidos por empleados vestidos con ropas acordes al espíritu y la esencia de la fiesta, como si se tratara de octubre.

Al cabo de unos quince minutos, durante los cuales Ana se entretuvo mirando a la distancia el baile de turno sobre el escenario y escuchando la música que emanaba a todo volumen de los parlantes distribuidos por distintos puntos de la plaza, Manu regresó a la mesa con una bandeja con dos platos de chucrut y salchicha, y un par de jarras de cerveza tirada, menú con el que la mujer estuvo de acuerdo.

-¡Cómo caminamos hoy, eh! –exclamó Manu entre un bocado y el siguiente.

-Entre el paseo de ayer y el de hoy creo que bajé un par de kilos –bromeó la mujer cuyo vestido tenía unos breteles tan delgados que parecía que llevaba la zona de sus hombros completamente desnuda.

-Te bronceaste bastante hoy, Ani.

-Demasiado para mi piel sensible –dijo la mujer echando un vistazo de ambos brazos y piernas, los cuales se veían tan colorados como su rostro-. Y vos también.

-Y eso que los dos usamos protector solar.

-Es que el sol estuvo muy fuerte –la mujer se pasó la mano por la cabellera y se acomodó el rodete-. Hasta me hizo doler la cabeza a pesar de que anduve con la gorra todo el tiempo.

-¿Ahora te duele? ¿Te sentís bien? –Manu se inclinó hacia adelante en su silla para acercarse a la mujer.

-Me siento bárbara –sonrió Ana-. No te preocupes.

-Menos mal –reaccionó Manu, algo aliviado.

Sin embargo, los temores a una nueva noche de frustraciones acompañaron a Manu por un rato más, hasta que se fueron disipando junto a las nubes del cielo, que cerca de la medianoche se llenó de estrellas, y a medida que Ana se mostraba contenta, satisfecha con la cena y tomando varias cervezas más que él, quien se encargó de ir, una y otra vez, a comprar más bebidas.

Cansados por los dos días de largas caminatas aunque deseosos de conservar la mayor cantidad de energías para el final de la cita, Ana y Manu permanecieron bebiendo y charlando en su mesa, como si todo el bullicio de alrededor suyo no existiese y la plaza estuviese desierta.

En un momento de la conversación, Manu nombró a Conrado y este nombre le trajo recuerdos de Julia, por lo que le preguntó a Ana si seguía en contacto tanto con ella como con Agustina.

-Hace mucho que ya no tengo contacto con ellas –indicó la mujer de las respuestas siempre misteriosas.

-¿Por qué? –la curiosidad de Manu era tan persistente como las explicaciones cortas de ella.

-La verdad es que las dos se comportaron muy mal conmigo.

-Pero, ¿qué te hicieron?

-No quiero molestarte contándote lo que hicieron, pero sí te puedo decir que me demostraron el tipo de personas que realmente eran –Ana comprimió sus labios y meneó la cabeza-. Además, no me gustaría que por mí culpa tengas otro concepto de Julia.

-No te preocupes por eso –Manu tamborileaba con sus dedos sobre la superficie de la mesa-. Conrad y Julia se separaron hace rato y por más bien que me llevaba con ella no la volví a ver desde entonces.

-¿Y por qué se separaron? Hacían una linda pareja...

-Cosas de la vida...

-Pregunto de chusma, nomás –aclaró ella-. Total, no me interesa ni que respiren esas dos.

-Ok –dijo él dando por terminado el tema. Qué bravas son estas minas. Más vale tenerlas de amigas, sino..., pensó mientras bebía de su jarra.

Los efectos de la cerveza se fueron acumulando en los cuerpos de Ana y Manu hasta hacerse notar en los miembros inferiores de ambos, fundamentalmente. Y para contrarrestarlos, la pareja decidió ir por el postre a una heladería ubicada sobre la avenida, a unos 50 metros de la plaza, los cuales resultaron, tanto para el traductor como para la mujer, como un kilómetro debido al esfuerzo y al tiempo que invirtieron en recorrerlos.

Con sus respecticos cucurucho con dos gustos de helado cada uno en sus manos, Manu y Ana se sentaron en un banco de la vereda donde la cantidad de transeúntes comenzaba a mermar debido a que un nuevo día estaba comenzando, mientras que de fondo ya no sonaba tan fuerte la música proveniente de la plaza.

El traductor acabó primero con su postre y luego de tomar un poco de agua del bebedero de la heladería y limpiarse la boca volvió a sentarse en el banco, al lado de Ana, pero con su cuerpo de costado, apuntando hacia ella, quien seguía ubicada hacia el frente. Y apenas vio que la mujer terminó de lamer su crema helada con sabor a frutos rojos e hizo el cucurucho a un lado, la miró a los ojos y no se pudo contener: le dio un apasionado beso en la boca sin importarle que había otras personas presentes en el lugar. Y para su sorpresa, ella se dejó llevar y en ningún momento apartó sus labios de los del, olvidándose por unos momentos del público y arrojando lo que quedaba de su postre al cesto de basura que estaba junto al banco.

-Vámonos de acá, ya –la indicación de Manu sonó firme pero dulce a la vez, al tiempo que su mano derecha acariciaba el cuello de Ana, quien había posado ambas en los hombros de él.

-¿A dónde? –preguntó ella con los ojos cerrados.

-¿Te parece bien mi habitación?-musitó Manu.

-Prefiero que vayamos a la cabaña.

-¿Segura?

-Sí –Ana abrió los ojos para que el traductor pudiera interpretar lo que transmitirían sus pupilas-. Carolina se fue, así que vamos a estar los dos solos.

-Ok. Como vos quieras.

-Además, no me gustaría que nos vieran Odek y Laura –Ana se reclinó hacia atrás, apoyando su espalda descubierta hasta casi la cintura-. Me sentiría un poco desubicada.

-¿Por qué siempre resulta tan difícil estar con vos? –Manu procuró no sonar molesto y ocultar su desacuerdo con el argumento de Ana.

-Porque antes era una pendeja y ahora soy un quilombo. Por eso –la mujer acercó su rostro al de Manu y le dio un beso corto en la boca-. Además, soy un poco vergonzosa.

-Está bien. Vamos para la cabaña. Así de paso la conozco de una buena vez – Manu tomó las manos de Ana y la ayudó a ponerse de pie, tras lo cual, ambos caminaron abrazados hacia el domicilio de ella, quien otra vez, había salido sin el auto. Además, el trayecto desde el centro comercial hasta la vivienda era casi igual de corto que desde donde se encontraba ahora hasta la posada.

La cabaña donde residía Ana tenía dos puertas de entrada: una al frente, que daba a un pequeño jardín delantero, y la otra atrás, que conectaba con el patio donde funcionaba una parrilla de ladrillo visto contigua a una cuarto de material y techo de chapa que servía de galpón para guardar distintos artefactos. Y una vez que se cruzaba



la puerta delantera, el primer ambiente ocupaba todo el ancho del inmueble y estaba dividido en dos: hacia la izquierda el sector de la cocina comedor y hacia la derecha, en un desnivel que hacía de divisor, la sala de estar o living.

Sobre la pared del fondo había una arcada que llevaba a un distribuidor desde el cual se accedía a las dos habitaciones y el baño, y un angosto y corto pasillo que desembocaba en el patio trasero. Era un inmueble de pocos metros cuadrados pero cómodos y, sobre todo, luminoso, ya que todos los ambientes contaban con amplios ventanales, excepto por la cocina que lindaba con el patio lateral con entrada propia para vehículos.

Al regresar de la *Sommerfest*, Ana entró primero que Manu y encendió las luces del comedor para que su invitado pudiera ver con claridad y, especialmente, no se llevara por delante ningún de los muebles, todos construidos en madera, como las paredes.

-Muy lindo tu hogar –dijo el traductor echando un rápido vistazo a su alrededor.

-Gracias –Ana dejó su cartera colgada del perchero ubicado detrás de la puerta principal, dio unos pasos, rodeándolo a Manu, hasta el living donde encendió el equipo de música y luego caminó hacia la cocina comedor en la que no había una mesa clásica sino una amplia mesada rectangular donde los moradores se sentaba a comer y ella, en particular, preparaba los dulces con sumo espacio para maniobrar con sus cacerolas y frascos de vidrios, los cuales estaban por doquier.

Y excepto por este enorme mueble que al ser alto estaba rodeado de banquetas en vez de sillas y que acaparaba gran parte de ese sector del ambiente, el resto de la cocina era clásica y bastante reducida.

-¿Querés tomar algo fresco? ¿Una cerveza? –Ana estaba parada detrás de la mesada con ambos brazos extendidos y apoyados sobre la misma, desde donde seguía

con la mirada los movimientos de Manu, quien daba vueltas por la cabaña, inspeccionándolo todo-. Sentate donde quieras.

-Una cerveza estaría bien. Gracias –Manu dejó de caminar en círculos y enfiló hacia la mesada, mientras que Ana se dio media vuelta y tomó dos porrones de la heladera.

Cuando la mujer se volvió hacia la mesada, él estaba de espaldas a la misma, apoyado sobre su cintura, de frente a Ana.

-¿Tomás de la botella o preferís un chopp? Tengo un par en el congelador –la mujer depositó los dos porrones sobre la mesada justo al lado de Manu, quien posó su mano sobre la de Ana que sostenía uno de los dos recipientes llenos de cerveza artesanal helada.

-Así está bien –dijo él colocándose detrás de Ana y presionando su cuerpo contra el de ella, que quedó atrapada entre él y su mueble preferido, tras lo cual, comenzó a acariciar las caderas de ella, quien cerró los ojos y suspiró.

Apenas Ana sintió que Manu besaba su cuello soltó los dos porrones y se dio vuelta para quedar cara a cara con él. Y mientras ella lo rodeó con ambos brazos y entrelazó los dedos de sus manos justo a la altura de la nuca del traductor, éste la levantó de los glúteos y la hizo sentar sobre la mesada.

En esa posición intercambiaron besos apasionados durante unos minutos hasta que Manu bajó los breteles del vestido de Ana dejando al descubierto el corpiño de la mujer, cuyo sudor comenzaba a descender por el esternón hacia el valle de piel reluciente que formaban ambos senos. Entonces ella inició el lento proceso de desabotonar la camisa del traductor, quien en ese momento alcanzó a escuchar, proveniente del living, una de sus canciones preferidas de “Héroes” y que en el estribillo decía: “En la prisión del deseo estoy... junto a ti.”

-Me encanta esta canción –dijo él quitándose la camisa y arrojándola al suelo.

-A mi también –coincidió ella bajando su vestido hasta la cintura dejando todo su delgado abdomen al desnudo.

Manu volvió a besarla en la boca y llevó sus manos a los muslos de ella, pero cuando las yemas de sus dedos rozaron el algodón de la bombacha de Ana se detuvo inesperadamente, y no por arrepentimiento.

-¿Estás bien? –preguntó Ana sorprendida

-Sí, sí –Manu bajó la vista, un poco avergonzado.

-Quedate tranquilo que no va a pasar lo mismo que aquella vez –aclaró la mujer guiñándole un ojo a su amante, quien respiró hondo y reanudó sus movimientos envueltos en una mezcla de fuego y dulzura que se fueron complementando a la perfección.

## VIII

Pasaron varios días desde los besos y caricias compartidos en el bar para que Manu y Ana volvieran a ponerse de acuerdo y concretaran un nuevo encuentro para ellos dos solos. Primero debieron transcurrir largas charlas vía MSN en las que la joven, si bien mostró sumo interés por llegar a la siguiente cita, interpuso una serie de obstáculos para poder llevarla a cabo ya que argumentaba tener poca disponibilidad para elegir día, lugar y horario indicados. Estas extenuantes conversaciones informáticas se producían generalmente al atardecer, entre el final de la jornada laboral y el comienzo de la cursada nocturna, y desde las computadoras personales de cada uno; y mientras ella insistía en que su agenda de fin de semana estaba completa y que por las mañanas debía levantarse temprano para atender todos sus asuntos, Manu le propuso que fuera a cenar a su departamento en *Trevithick* donde él mismo se encargaría de la comida para ahorrarle dinero, tiempo y energía.

Tras varias idas y vueltas, Ana finalmente aceptó la invitación y la cita se acordó para un miércoles después del trabajo, cuando ella no debía ir a cursar en la Facultad, en vez de un viernes o sábado, días más habituales en las salidas de las parejas jóvenes. Entonces, Manu tuvo que recurrir nuevamente a la buena voluntad de su padre para que éste le prestara el Corsa, a bordo del cual pasó a buscar a la joven por Avellaneda y así evitó que aquella no tuviese que viajar sola en algún medio de transporte público y de noche, más allá de que estaba acostumbrada a hacerlo.

Afuera, el frío invernal calaba hondo, por lo que Manu colocó al máximo la estufa dentro de su departamento, donde Ana se quitó rápidamente su abrigo y su bufanda, los cuales arrojó sobre el sillón de la sala de estar, en la que ella sintió curiosidad por las dos grandes pilas de discos compactos que se levantaban en sendas

estructuras de hierro negro, una a cada lado del mueble se madera que sostenía el televisor, el reproductor de DVD y el equipo de audio que estaba conectado a un conjunto de parlantes colocados en distintos puntos de la sala de estar, lo que generaba una especie de sonido envolvente como el de las salas de cine o de teatro.

Y mientras el anfitrión fue directo a la cocina a preparar unos ravioles de verdura que había comprado ese mismo día en la fábrica de pastas del barrio, con una salsa de crema de leche y cebolla de verdeo; la invitada de honor se dedicó a revisar los CD' s y cambiar de música cada vez que encontraba uno que le gustaba más que el anterior.

Para acompañar la cena, Manu compró un par de botellas de vino tinto patagónico, el cual sirvió de entrada en unos altos copones de vidrio, y si bien no había postre, en su lugar, pensó en deleitar a Ana con unos fernet cola.

Sentada en el suelo, Ana miraba de reojo como Manu se desenvolvía con gran destreza en la cocina.

-¿Necesitás una mano? -ofreció ella, copa de vino en mano.

-No, gracias. Estoy bien -Manu alzó su copa depositada en la mesada-. Vos relajate y disfrutá.

El joven todavía rehogaba la cebolla en la sartén y el agua para los ravioles se acercaba al punto de ebullición cuando Ana dejó de revisar los discos y se abocó a husmear en la repisa baja, de apenas tres estantes y ubicada en el rincón más cercano al ventanal en el que Manu guardaba sus libros y materiales de lectura, tantos los que leía por ocio como los que utilizaba para estudiar y dar clases.

-¿No tenés obras en castellano? -Ana miraba los lomos de los libros inclinando su cabeza hasta que sus ojos quedaron perpendicular al suelo.

-Sí, tengo muchos. Pero los tengo en la casa de mis viejos porque acá no hay lugar -respondió Manu corriendo la sartén del fuego y colocando la crema de leche sobre la cebolla que desprendía un jugo verdoso intenso tanto en sabor como en aroma, el cual invadió gustosamente el aire del departamento.

-¡Que rico huele eso! -expresó Ana irguiéndose y caminando hasta el sillón, donde se dejó caer pesadamente contra el respaldo liberando un fuerte soplo.

-Si querés, prendé la tele -sugirió Manu señalando el control remoto que estaba sobre el apoya brazos de aquel asiento.

-Sólo para hacer un *zapping*, si no te molesta -Ana apoyó su copa en el piso y tomó el pequeño aparato negro con botones multicolores.

-No me molesta -Manu se acercó sonriendo hasta donde se encontraba ella, se agachó y la besó en la boca, tras lo cual regresó a la cocina para colocar los raviolos en la olla con agua hirviendo y terminar de preparar la salsa.

Por su parte, Ana bajo el volumen de la música y se entretuvo con uno de los canales de noticias que transmitía en vivo y en directo la maratónica sesión en la Cámara de Senadores que trataba la aprobación del polémico Decreto 678 que cuatro meses antes había disparado el conflicto más largo de la historia entre el Gobierno Nacional y el sector empresario agrícola ganadero.

El Decreto 678 del Ministerio de Economía fue publicado en el Boletín Oficial en marzo de aquel año, cuando Manu y Ana siquiera se conocían, y establecía un sistema móvil para las retenciones impositivas a las exportaciones de soja, el trigo y el maíz. Ante esta resolución, las cuatro cámaras que, por separado, nucleaban a los productores y trabajadores del campo de todo el país se pusieron inmediatamente de acuerdo por primera vez desde su coexistencia y tomaron una serie de medidas de

fuerza como el cese de actividades en las principales plantas y puertos, y el bloqueo de rutas.

Los ruralistas conformaron también una Mesa de Diálogo con representantes de cada una de las cuatro cámaras para sentarse a negociar con el Gobierno y que éste anulase el Decreto 678, pero en un inicio el Poder Ejecutivo afirmó que no iban a modificar dicha resolución.

Por ello, la Mesa de Diálogo resolvió llevar a cabo un paro total de actividades por 48 horas para manifestarse en contra de este nuevo sistema de retenciones móviles a la exportación que sujetaba su aumento o disminución a la evolución de los precios internacionales, de modo que, a mayor aumento del precio internacional, menor fuera su impacto en los precios internos.

Este paro se produjo ante la inminencia de la cosecha de la soja, el grano que se había convertido en “la gallina de los huevos de oro” ya que desde febrero registraba un aumento sin antecedentes en su precio internacional, por lo que el margen de ganancias para los grandes productores era extraordinario y para el Gobierno significaba la principal fuente de recaudación impositiva luego del perverso IVA del 21% que se aplicaba tanto a ricos como a pobres incluso en los productos de la canasta básica que se suponían debían estar exentos de ese gravamen.

En cifras, para ese año se estimaban exportaciones de soja por unos 25 mil millones de dólares, de los cuales, el Poder Ejecutivo pretendía recaudar el 40%, es decir, 10 mil millones. Y en el medio de estos millonarios se encontraban los chacareros que pagaban el alquiler de los campos a los grandes terratenientes y asumían casi todos los costos y riesgos de la producción, mientras que las multinacionales hacían otro fantástico negocio (unos 7 mil millones) con la provisión de insumos.

Evidentemente, las dos partes ahora en pugna se enfrentaban al riesgo de perder muchísimo dinero, por lo que se desató rápidamente una grave crisis que tuvo como escenarios principales las provincias de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, mientras que en la Plaza de Mayo se produjeron los primeros “cacerolazos” a favor de los ruralistas.

El regreso de las cacerolas frente a la Casa Rosada hizo retrotraer la memoria de muchos funcionarios del Gobierno a la gran crisis de finales de 2001, por lo que no tardaron en descalificar públicamente la postura del campo y tildaron sus medidas de fuerza como “los piquetes de la abundancia”.

El miedo y la desesperación comenzaron a ganar las calles, donde las manifestaciones de los ruralistas fueron seguidas de marchas de organizaciones que apoyaban al Poder Ejecutivo, una de ellas, la encabezada por *Lorenzo Díaz*, quien ya tenía antecedentes por hechos violentos cuando cuatro años antes, él y la primera línea de sus seguidores coparon una comisaría porteña y la destrozaron en reclamo por el esclarecimiento del crimen de uno de sus militantes.

En esta ocasión, una noche de martes que comenzó con una manifestación pro campo, Díaz avanzó al frente de una columna de 200 personas hacia la Plaza de Mayo corriendo a los empujones a todos aquellos que protestaban contra el aumento de las retenciones. “¡A los de la puta oligarquía, dale, dale! ¡Les vamos a meter las cacerolas en el culo!”, gritó el líder piquetero, ante lo cual, los manifestantes comenzaron a escapar a la carrera, asustados. Y cada tanto, Díaz se detuvo ante grupos conformados por mujeres y niños y delante de sus caras exclamó: “¡Piqueteros, carajo!”

Todo esto ocurría sin la presencia de un solo policía cuando Díaz golpeó en la cara a un dirigente entrerriano que se le había acercado y lo había acusado de ser un



mercenario. Enseguida, un grupo de piqueteros rodeó al manifestante, con sangre en su boca, y lo arrastró lejos de allí.

Minutos después de la medianoche hubo un nuevo enfrentamiento entre los piqueteros y un grupo de jóvenes que se manifestaban a favor del campo frente a la Catedral Metropolitana.

Hubo forcejeos, piñas, insultos y una tensión permanente ante el peligro de que la gresca se generalizara. De ambos, los jóvenes se invitaban a pelear. “¡Vayan a trabajar!”, gritó uno del grupo pro campo. “¡Oligarcas!”, replicaron del bando opuesto.

Fueron treinta minutos de empujones y golpes. Volaron cacerolas hacia un lado y palos hacia el otro ante la pasividad de unos treinta policías de Infantería, otros tantos con uniforme apostados en la calle y varios más de civil que llegaron sobre el final pero permanecieron a unos 50 metros, sin intervenir ni separar.

Luego, Díaz se trepó a la Pirámide de Mayo y empezó a los gritos: “¡La Plaza es nuestra, la puta que lo parió!”. Por su parte, los manifestantes pro campo fueron abandonando la plaza aunque la protesta se había hecho sentir fuerte en otros puntos de la Capital y frente a la Quinta Presidencial de Olivos, donde la expresiones fueron más allá del apoyo al campo sino en contra de la soberbia, el discurso violento y el autoritarismo del Gobierno.

Mientras Díaz se convirtió en la fuerza de choque mediática del Gobierno, éste anunció que enviaría a las fuerzas federales a despejar los cortes de ruta para que los productos pudieran llegar a las góndolas.

El conflicto se agudizó ante la decisión de ambas partes de no ceder en sus respectivas posturas, por lo que a fines de marzo se comenzaron a notar en los supermercados la falta de algunos productos.

Después de la advertencia de que los bloqueos se iban a despejar por la fuerza, el Gobierno convocó a la Mesa de Diálogo pero con la condición de que primero debían levantar las medidas de fuerza, lo que finalmente ocurrió.

Durante varios días de reuniones y charlas, las dos partes no llegaron a un acuerdo y a pesar de que el Gobierno ofreció compensar a los pequeños productores que quedaban exentos del alza de los impuestos, las organizaciones agropecuarias volvieron a tomar medidas de fuerza al iniciar abril, pero permitiendo el paso de los camiones que transportaban alimentos perecederos como lácteos y hortalizas.

Este principio de acuerdo incluyó que la Mesa de Diálogo levantase la huelga por 30 días pero manteniéndose en estado de alerta y movilización al costado de las rutas en las que se realizaban asambleas de trabajadores, las cuales eran transmitidas en vivo por los diferentes canales de noticias, que convirtieron este conflicto real en una telenovela de ficción sin importarles que este show lo único que lograba era aumentar la tensión de los estados de ánimo de todos.

Así, la cuerda volvió a tensarse cuando al ver a los ruralistas movilizados, el Poder Ejecutivo denunció penalmente a los líderes de cada una de las cuatro cámaras por “violar las leyes de abastecimiento y seguridad” e “impedir el normal funcionamiento del transporte”. Y para reforzar esta denuncia también se decidió aplicar la Ley de Abastecimiento.

Esto derivó en una nueva reunión entre el Gobierno y la Mesa de Diálogo que se comprometió a garantizar el abastecimiento de productos básicos, como los cortes de carne populares.

Disconforme con el manejo de la crisis, el ministro de Economía que había elaborado el Decreto 678, Mariano López, renunció a su cargo a fines de abril, tras lo cual, los ruralistas entendieron esto como un gesto de buena voluntad del Gobierno y

anunciaron que se retomaban las exportaciones de carnes y granos y se levantaban los cortes de ruta.

De todos modos, la Mesa de Diálogo siguió organizando actos y marchas en reclamo a la derogación del Decreto, pero el Gobierno se negó a volverse a sentar a negociar ya que la decisión de mantener esa resolución estaba tomada desde Presidencia.

Esta falta de comunicación terminó por agotar la paciencia de otros sectores productivos y políticos de la sociedad que reclamaron a las dos partes en conflicto retomar las negociaciones para llegar a un acuerdo.

Los días pasaron sin novedades hasta que el 25 de Mayo la crisis alcanzó uno de sus puntos más altos cuando los ruralistas realizaron un multitudinario acto para celebrar dicha fecha patria en la ciudad de Rosario y el Poder Ejecutivo hizo lo propio pero en Salta.

Ante unas 300 mil personas reunidas junto al Monumento a la Bandera, el campo ratificó que seguía en estado de alerta permanente y que aceptaba la oferta del Gobierno de reunirse al día siguiente para retomar las negociaciones. Y aclararon que si tras ese encuentro no había soluciones, iban a volver a tomar medidas de fuerza sin pronunciar la palabra “paro”, la cual ya comenzaba a asustar a toda la ciudadanía.

El discurso de apertura del acto estuvo a cargo de *Antonio D’Agostino*, el titular de la Federación Agraria (FA) de Entre Ríos, quien se había vuelto en un personaje público a partir de sus encendidas arengas en las asambleas realizadas al costado de la ruta, donde se congregaban la mayor cantidad de trabajadores rurales de base, con los sueldos más bajos y que era representados por la FA, la cual a nivel nacional estaba a cargo del dirigente *Fernando Báez*, uno de los más críticos a las medidas del Gobierno y que había quedado formalmente imputado por las denuncias penales del Poder

Ejecutivo; mientras que los titulares de las otras tres cámaras –que nucleaban a los grandes productores- se expresaron más moderados y abiertos al diálogo.

D'Agostino pidió actuar “con inteligencia” y remarcó que el Poder Ejecutivo quería enfrentar a los ruralistas con la sociedad y forzarlos a cortar rutas.

En tanto, Báez estuvo a cargo del cierre del acto y ratificó que el campo estaba más “unido y firme que nunca” y que iba a continuar con su lucha por considerarla justa. Y afirmó que el único camino era “ganar o ganar”.

Minutos después de finalizado el acto del campo comenzó el del Gobierno, el cual se llevó a cabo frente al monumento a Martín Miguel de Güemes en Salta, donde estuvo presente todo el Gabinete. Allí, la presidente pidió dejar de lado los “intereses sectoriales” aunque sin hacer mención directa al conflicto con los ruralistas.

Y remarcó los logros obtenidos en los últimos cinco años, en los que había mejorado los niveles de empleo, consumo y productividad, en base a la inclusión social y la redistribución del ingreso.

Pero lejos de los escenarios, quienes apoyaban al Gobierno tildaron públicamente a los ruralistas de “golpistas”, lo que derivó en una ruptura total del diálogo y el endurecimiento de las medidas de fuerza como el cese definitivo de la exportación de carnes y granos.

En los últimos días de mayo, el Gobierno realizó unas correcciones al esquema de retenciones pero las mismas no dejaron satisfechos a los productores, mientras que una decena de ruralistas fueron detenidos por los cortes de ruta, entre ellos, *D'Agostino*.

La detención ocurrió cerca del mediodía, cuando un efectivo de la Gendarmería Nacional leyó a los manifestantes, que estaban sentados sobre la ruta 14, la resolución de “desalojo” del juez federal local, tras lo cual los camioneros auto convocados decidieron levantar el corte, pero los ruralistas permanecieron allí.

Un día antes, el Ministerio de Justicia de la Nación había exhortado a los funcionarios judiciales de todo el país a “garantizar la libre circulación” de los ciudadanos.

En ese marco, el personal de Gendarmería intentó sacar por la fuerza a los manifestantes, que se resistieron, por lo que hubo insultos, empujones y forcejeos en medio de los cuales, los efectivos se llevaron esposado a D'Agostino y a los otros ruralistas.

Tras este episodio, los productores convocados en la ruta decidieron sentarse sobre el asfalto para impedir el paso de vehículos y colocaron una enorme y pesada cosechadora sobre el asfalto.

Luego de permanecer unas ocho horas alojados en la unidad de Gendarmería, tanto D'Agostino como el resto de los detenidos fueron liberados y una multitud los recibió como héroes en el lugar de la protesta. Allí, el líder se subió a un camión desde donde se dirigió a la masa de manifestantes: “Le demostramos al Gobierno que protestamos pacíficamente y que por orden del Ministerio de Justicia fuimos reprimidos. Así que vamos a seguir resistiendo. No vamos abandonar la protesta porque las medidas del Gobierno son inconstitucionales.”

“Por eso pedimos al Gobierno un diálogo sincero y transparente”, indicó D'Agostino, quien fue imputado de haber violado el artículo 194 del Código Penal, el cual reprime “al que, sin crear una situación de peligro común, impidiere, estorbare o entorpeciere el normal funcionamiento de los transportes por tierra, agua o aire”.

Y así como Díaz fue el referente del discurso oficial en los medios de comunicación, D'Agostino se convirtió en la figura pública de la contra parte. De hecho, ambos quedaron procesados y al borde del juicio oral por los hechos en los que estuvieron involucrados, aunque el primero de ellos nunca estuvo detenido.

A principios de junio se volvió a realizar un paro general en todo el país, mientras que el gobierno anunció que con lo recaudado con las retenciones móviles se iban a construir hospitales y escuelas.

A mediados de ese mes hubo nuevos incidentes entre las fuerzas federales y los ruralistas de D'Agostino en Entre Ríos, lo que generó nuevos “cacerolazos” en la Capital y frente a la Quinta Presidencial de Olivos.

Luego de que desde el mismo gobierno se exhortó al diálogo, la presidente envió un proyecto de Ley al Congreso para que fuera el Poder Legislativo el encargado de resolver la cuestión.

Mientras los manifestantes de ambas partes instalaron carpas frente al Congreso Nacional y siguieron con las peleas en las calles, la Cámara de Diputados aprobó a principios de julio el proyecto oficial, el cual ratificaba los lineamientos del decreto cuestionado, y así se llegó a la sesión en el Senado.

“La cena está lista”, anunció Manu luego de colocar con cuidado los dos platos de comida sobre la mesa, iluminada por un par de velas rojas que combinaban con el color de las servilletas de tela y de los manteles individuales, ante lo cual, Ana se levantó del sillón y se acercó a la silla que él le había reservado a su lado.

-¡Se ve delicioso! -Ana respiró hondo para inhalar el humeante aroma que partía de su plato aunque no se sentó en ese momento-. ¿Puedo pasar al baño primero?

-Cómo no -dijo el joven señalado la puerta blanca en el centro del distribuidor.

Ana se retiró por unos minutos, lapso en el que Manu apagó el televisor y la lámpara principal de la sala de estar, y encendió nuevamente el equipo de audio para generar un ambiente más propicio para la cena. De hecho, él nunca comía mirando televisión, ni siquiera cuando estaba solo como casi siempre, para así lograr un

momento de relajación y una buena digestión. Y mucho menos pretendía hacerlo ahora, aunque ella no estuviese de acuerdo. Sin embargo, cuando la joven regresó del baño y observó la nueva ambientación se sintió a gusto y no se manifestó en desacuerdo, por lo que ambos disfrutaron de la cena.

Durante la misma, Manu insistió en saber más sobre la vida de ella, la cual le resultaba tan misteriosa que en cierto punto le generaba desconfianza, ya que sus idas y vueltas generalmente estaban acompañadas de explicaciones vagas y evasivas.

-No sé qué es lo que te gustaría que te cuente -Ana hizo a un lado su copa de vino vacía y bebió un poco de agua.

-Que se yo -Manu la miró fijo mientras volvía a servirle vino-. Algo personal, que te defina como persona.

-Ajá.

-Yo ya te conté todo de mí.

-Ok -Ana hizo una pausa y se limpió la boca con la servilleta-. Me gusta pensar que encarno lo mejor de la Argentina: ser hinchada de Racing y peronista.

-Interesante -asintió Manu entre risas ya que había previsto una respuesta como aquella-. Pero decime algo que yo no haya descubierto ya por mi cuenta, ¡jajá!

-¿Por ejemplo?

-¿Por qué elegiste estudiar Ciencia Política? -el joven dejó de sonreír.

-Son varias las razones, pero si tengo que inclinarme por alguna sería la de intentar resolver los problemas de la gente.

-Es una noble razón, aunque hay muchas maneras de ayudar a las personas necesitadas.

-Puede ser. Pero yo creo en la que elegí.

-Está perfecto. Admiro a la gente que actúa según sus convicciones y celebro que hoy en día cada vez más jóvenes se vuelquen a la política.

-Es que la juventud al fin volvió a identificarse con una forma de militar. Eso no pasaba hacía mucho tiempo.

-Es cierto.

-¿Y vos y la política? -Ana tomó la copa de vino y la alzó en dirección al anfitrión.

-Ésa es una buena pregunta con una respuesta poco interesante para vos.

-¿Por qué?

-Porque vengo de una casa y una ciudad `gorila`, y de dos casas de estudio en las que se evitaba hablar de política para no afectar los vínculos que tenían con Gran Bretaña y los Estados Unidos.

-Entiendo.

-¡Ojo! No me considero un antiperonista. De hecho, no soy partidario de ninguna ideología en especial.

-Está bien.

-Digamos que trato de tomar lo mejor de cada una, je.

-No es una mala idea.

-Que se yo. Al menos me sirve para tener la tranquilidad de conciencia de que siempre trato de ser una mejor persona.

-Algo parecido dice mi hermano cuando en casa hablamos de política.

-Imagino que él también debe encarnar lo mejor del país....

-Es hereditario, ¿viste? -Ana se encogió de hombros, risueña-. Aunque el pibe anda con la cabeza puesta en otras cosas actualmente.

-¿Cómo cuáles?



-Está a punto de irse a probar suerte a España y eso generó un gran revuelo en casa porque siempre fuimos muy unidos.

-Claro. ¿Y se va a ir solo?

-Sí, se va solo pero allá lo espera un amigo y su familia que se fueron de acá después del 2001. Ellos lo van a bancar.

-Bien ahí.

-Al menos va a estar contenido.

-Que raro que se quiera ir ahora, que estamos mucho mejor que en 2001, más allá de la crisis que hay hoy entre el gobierno y el campo.

-Sí, lo sé. Y con mis viejos nos cansamos de explicárselo. Pero como él era chico cuando estalló la crisis y no pudo irse en aquel entonces, ahora que puede, como que quiere saldar esa cuenta pendiente que le quedó consigo mismo.

-Se quiere dar el gusto.

-Claro.

-Está bien. Que pruebe. Siempre puede volver si no le gusta allá.

-Seguro. Pero acá lo vamos a extrañar mucho.

-Y sí.

-De hecho, el fin de semana que viene vamos a hacerle una fiesta de despedida con toda la familia y los amigos.

-¡Qué bueno!

-Desde que sacó los pasajes todos los fines hacemos algún plan los cuatro juntos: vamos a la cancha, al cine, salimos a cenar, o simplemente a tomar mates a una plaza.

-Están aprovechando al máximo el poco tiempo que les queda, ¿no?

-Eso intentamos –Ana bebió un poco más de agua-. Pero somos gente con gustos sencillos: mi mamá es ama de casa, mi viejo empleado de comercio. Y por ahí nos cuesta asimilar los grandes cambios.

-Lo entiendo perfectamente porque en mi familia siempre pasó algo similar.

Los platos ya estaban vacíos y el vino cerca de acabarse cuando Ana le pidió a Manu permiso para encender el televisor para ver cómo iba la sesión en el Senado y mientras ella se fue a sentar al sillón, él levantó la mesa y dejó los trastos sucios en la mesada.

-Es una guachada lo que hicieron los productores del campo –enfaticó ella sin apartar la vista de la pantalla.

-¿Qué cosa? -Manu acababa de regresar a la mesa con la botella de fernet, la gaseosa, dos vasos y la hielera llena hasta el tope.

-Que hayan desabastecido a la gente.

-Ojo, Ani, porque el tema del desabastecimiento hay que tomarlo con pinzas – Manu miró a la joven con los ojos bien abiertos y levantando el entrecejo.

-No te vayas a poner del lado del campo, eh...

-Yo no me pongo del lado de nadie –Manu estaba de pie junto a la mesa preparando los dos tragos-. Lo que digo que fue un tema muy manipulado política y mediáticamente y la realidad, en muchos casos, no era como te la contaban.

-¿Y cómo era? A ver... -Ana giró sobre el sillón en dirección a la posición del anfitrión.

-El gobierno utilizó lo del desabastecimiento para generar miedo y poner a la gente en contra del campo, pero había muchas personas que ni siquiera sabían de lo que le estaban hablando.

-Bueno, pero había que decir cuáles eran las consecuencias de las acciones del campo, más allá del miedo.

-¿Sabés qué pasa? -Manu tomó los dos vasos y caminó hasta el sillón-. El miedo funciona así: la gente se convence de que hay desabastecimiento, entonces va al mercado y en vez de comprarse una botella de aceite, como lo hace siempre, se compra cuatro, por las dudas.

-Mmmm...

-Dejame redondear la idea -Manu le pasó un vaso a Ana y se sentó al lado de ella-. Lo que pasa es que después de la persona que se llevó cuatro botellas en vez de una, llega otro cliente a la góndola y ve que faltan botellas, entonces se convence de que, efectivamente, hay desabastecimiento. Es como una especie de profecía auto cumplida, ¿me explico?

-No sé de dónde sacaste eso...

-Mirá Ani, a mi no me lo contó ningún periodista; eso lo vi con mis propios ojos en el supermercado del barrio al que voy siempre. Es más, le pregunté al encargado si tenían faltantes de ciertos productos y me dijo que no, que en realidad la gente estaba comprando más de lo habitual.

-Pero no me vas a negar que aprovecharon la volteada para aumentar los precios...

-Eso es otro tema y si bien yo no entiendo mucho de economía, en este país siempre fue igual: todo sube y nada baja.

-Puede ser.

-El problema acá se genera cuando se mezclan, confunden y tergiversan los temas en base a una determinada intención política. Ahí es cuando nadie entiende nada y todos empiezan hacer cualquier cosa sin ningún sentido.

-Yo lo único que sé es que los de campo toda la vida se cansaron de ganar un montón de plata y ahora no está dispuestos a ceder ni un centavo.

-De la misma forma que actúan los empresarios de otros sectores, muchos de ellos, afines al gobierno. Es así el sistema de este país.

-Y del mundo.

-Bueno, sí, pero digamos que en otros países más serios todo funciona un poco mejor que acá -Manu propuso un brindis y luego bebió de su trago-. Igual, no nos vayamos por las ramas.

-Vos y tu mentalidad inglesa -bromeó la joven llevándose el vaso a la boca.

-No es así.

-Ya lo sé. Te estoy peleando, nomás.

-Sos mala, eh -Manu apoyó su vaso junto a una de las patas del sillón, acarició las mejillas sonrojadas de Ana y la besó en los labios, pero ella parecía estar más pendiente de lo que reproducía el televisor que de su acompañante, quien al percatarse de la situación se echó contra el respaldo y quedó mirando la pantalla, al igual que ella.

Sin embargo, a los pocos minutos un corte en el suministro de energía eléctrica dejó el departamento y sus alrededores completamente a oscuras, por lo que Manu tomó las velas de la mesa, las volvió a encender y las llevó hasta un costado del sillón.

“¡Qué romántico!”, fue lo único que alcanzó a decir Ana justo antes de que Manu le quitara el vaso de sus manos, la abrazara y besara apasionadamente, al punto que en cuestión de segundos se quitaron el calzado y pasaron de estar sentados a recostarse a lo largo del sillón, él encima de ella.

La excitación los tomó por asalto y él desabotonó la camisa de jean que llevaba puesta Ana y le masajeó los pechos por arriba de la musculosa blanca de algodón que cubría su corpiño del mismo color. Agitada, la joven pasó su mano por debajo de la

remera de él y le clavó sus uñas en la espalda. Entonces, Manu le subió la musculosa y comenzó a besar el abdomen desnudo de Ana al tiempo que una de sus manos fue a posarse en la parte superior de los turgentes senos y la otra desbrochó el pantalón de ella y deslizó sus dedos hacia la entrepierna. Pero los brazos de Ana, que hasta ese momento habían abrazado a Manu con fuerza, aprisionando un cuerpo contra el otro como si fuesen uno solo, cambiaron repentinamente de posición y mientras uno frenó el movimiento de la mano apoyada en su vientre, el otro se interpuso entre su pecho y el de él.

-¿Estás bien? –se sorprendió Manu, quien detuvo sus movimientos en el acto.

-Sí, sí –dijo ella recobrando el aliento y acomodándose la musculosa en su posición original.

-Entonces, ¿qué pasa? –el traductor la miró firme a los ojos, con su rostro a escasos centímetros de distancia del de ella.

-No pasa nada, Manu –Ana meneó la cabeza ligeramente.

-Si hice algo que te molestó, te pido disculpas. No fue mi intención.

-No hiciste nada malo. Al contrario. Quedate tranquilo –la joven acarició la cabellera despeinada de Manu, quien seguía mirándola fijamente, analizando cada uno de sus gestos, en busca de alguna respuesta que disipara la nebulosa que lo tenía atrapado en ese momento.

-Pero por algo te detuviste –insistió él apartando su cuerpo del de Ana, quien irguió el tronco hasta quedar sentada en el sillón, con su espalda contra el apoya brazos.

Manu la imitó y se ubicó tipo indio delante de ella.

-Es difícil de explicar –Ana se abrochó el pantalón y luego se acomodó el cabello con las manos.

-¿Qué cosa?

La joven desvió la mirada y calló unos segundos.

-Dale, decime. Podés confiar en mí –Manu extendió su brazo y acarició los muslos de ella que, a pesar de su mutismo, sonreía, lo que él asumió como una buena señal. Tal vez, esté indispuesta, pensó.

-Lo que te voy a contar quizás sea algo poco frecuente para vos pero te pido máxima discreción porque casi nadie lo sabe. Sólo Agustina. Ni siquiera Julia.

-No te preocupes. No se lo voy a decir a nadie –afirmó Manu, quien dedujo al instante que no se trataba de esos días del mes femenino.

-Ni siquiera a Conrado. Por favor.

-Te lo prometo –Manu hizo la señal de la cruz con su dedo índice sobre sus labios, los cuales seguían humedecidos de los besos que habían compartido con Ana, quien se dejó la camisa desbotonada ya que aun sentía su cuerpo acalorado.

-Nunca hice lo que vos me estás proponiendo en este momento.

-¿Te referís al sexo? –Manu frunció el ceño.

-Sí.

-¿Me estás diciendo que sos virgen? ¿Qué vas a esperar al matrimonio o algo así?

-No, no es eso.

-Creo que no te entiendo.

-No es tan difícil... -Ana alzó ambas manos con las palmas hacia arriba.

-Vos me dijiste que estuviste varios años de novia hasta hace muy poco. ¿Querés decir que en todo ese tiempo no tuviste sexo con tu novio?

-Yo te dije que estuve de novia pero no que tuve novio.

-O sea –Manu titubeó llevándose el dedo índice a la barbilla- que cada vez que hablaste de tu pareja te estabas refiriendo a una mujer, ¿es así? –continuó abriendo grandes sus ojos y alargando la pausa entre cada una de las palabras.

Ana asintió con un leve movimiento descendente de su cabeza.

-¡Guau! Nunca me lo hubiera imaginado.

-¿Ahora entendés por qué nunca hice lo que vos querés que hagamos ahora?

-Sí, sí. Me queda claro que nunca tuviste sexo con un hombre. Sólo con mujeres.

-Una mujer sola fue. Mi pareja.

-Ok. Pero, ¿te gustan los hombres?

-Claro que me gustan, tonto –Ana tomó la mano de Manu que seguía posada sobre sus piernas y la apretó fuerte entre sus dedos-. Sino, no estaría acá con vos.

-¿Te arrepentiste entonces?

-No. Sólo que me cuesta adaptarme a esta nueva situación.

-Ok.

-Pensé que me iba a resultar más fácil, pero parece que no es así.

-¿Y las mujeres te siguen gustando?

-Tal vez. No lo sé.

-¿Cómo no sabés?

-Manu, no es una cuestión de blanco o negro. Vos pensá que yo tuve una sola pareja en toda mi vida y fue una mujer. Así que no sé si es que me gustan las mujeres o sólo esa mujer.

-Ajá.

-Y ahora vos sos el primer hombre con el que estoy y también me cuesta descifrar si me gustan los hombres o sólo vos.

-¡Qué complicado! –Manu pasó su mano libre por su frente y pudo sentir el sudor que todavía la cubría.

-Yo sé que esto es demasiado rollo para una segunda cita.

-Tercera, contando la vez que salimos los cuatro.

-Ok. Tercera- Ana río-. El punto es que me da mucha bronca comportarme así porque la verdad es que todas las veces que salimos la pasé bárbaro.

-Entonces no hay ningún problema. Sigamos pasándola bárbaro –Manu se encimó a Ana, la abrazó y luego la besó en el cuello, cerca del oído.

Los dos reanudaron los besos apasionados y las caricias, pero antes de que ambos cuerpos volvieran a deslizarse horizontalmente uno sobre el otro, él hizo una breve pausa:

-¿Por qué no vamos a la cama? Ahí vamos a estar más cómodos –propuso en voz baja-. Te prometo que no vamos a hacer nada que vos no quieras.

-Lo sé. No te tengo miedo.

Minutos después, los dos estaban acostados en la cama de Manu, quien en medio de la agitación tomó la mano de ella y la posó sobre su jean, a la altura del bulto que conformaba su pene erecto, pero ella la quitó casi inmediatamente. Acto seguido, Manu le sacó la camisa y cuando quiso hacer lo mismo con la musculosa Ana lo detuvo al instante.

-Lo siento. Pero hasta acá está todo bien.

-De acuerdo. No hay problema –se resignó Manu, quien se acostó al lado de ella, de espaldas y mirando el techo-¿Querés que te lleve a tu casa?

-Todavía no. Es temprano –Ana se sentó en la cama para colocarse la camisa-. Además, está todo oscuro y me parece que no da para andar así por la calle.

-¿Y qué querés hacer? No podemos ver tele ni escuchar música.



-Tomemos fernet y charlemos.

-Dale –Manu colocó sus manos detrás de la nuca, en tanto que la joven apoyó su cabeza sobre el torso de él.

Así permanecieron un largo rato, en el que se mantuvieron más tiempo callados y contemplativos que hablando, hasta que, de pronto, todo se iluminó, tanto dentro como afuera del departamento.

Apenas regresó la luz, Ana le dijo a Manu que ahora sí podía llevarla a su casa y él accedió sin peros. Entonces, ambos se subieron al Corsa y el traductor condujo hasta Avellaneda encontrándose en el trayecto con otros barrios que todavía estaban a oscuras, lo que infundió cierto temor en la muchacha, quien hizo silencio durante casi todo el recorrido.

Una vez que Manu regresó a su departamento tras despedirse de una Ana que le dijo “después hablamos” sin mencionar siquiera la posibilidad de volverse a ver, se fue derecho a la cama, sin televisión, música ni Internet, y en momentos en que conciliaba el sueño recibió un mensaje de texto en su celular:

“Perdimos”, escribió Ana.

“¿Qué cosa?”, preguntó él.

“La votación”, respondió ella, tras lo cual, él encendió el televisor y en los canales de noticias sólo hablaban del triunfo del “No” al Decreto 678 en el Senado, por lo que lo apagó enseguida.

“¡Qué mal!”, le escribió Manu a Ana justo antes de apagar el celular e irse a dormir abrumado por una profunda sensación de derrota, la cual, a diferencia de Ana, nada tenía que ver con la votación de los senadores.

## IX

Un colibrí de cabeza negra y un plumaje azul eléctrico que le cubría el resto del cuerpo revoloteó fugazmente, evadiendo los fulminantes rayos solares que anunciaban la inminente llegada del mediodía, hasta posarse en el bebedero de vidrio ubicado en el borde de una maceta de barro que colgaba por una cadena de una de las arcadas de piedra del porche de la posada, donde Manu y Ana acababan de terminar de desayunar luego de haberse levantado tarde de la cama, ella en su cabaña y él en su habitación de *Los Sauces*, adonde este último había arribado solo y a pie cuando ya comenzaba a amanecer.

La pequeña ave bebió tranquilamente, como si la presencia de aquellas dos personas y de los dos ovejeros recostados sobre las frescas baldosas del piso no se encontrasen allí presentes. De hecho, estos eran los únicos seres que en ese preciso momento daban señales de vida en el predio de la posada, el cual parecía desierto.

Por un lado, Odek había salido junto a su mujer y sus dos hijos a realizar unas compras por el centro comercial tras dejar todos los alimentos y bebidas listas en el salón comedor, en tanto que los pocos huéspedes que aun permanecían alojados en el establecimiento ya habían partido rumbo a la playa del principal río de la villa para disfrutar del calor y la naturaleza.

Rodeados de plantas multicolores y un césped que en pocos días había crecido más de la cuenta debido a las altas temperaturas y las intensas precipitaciones, Ana y Manu habían elegido desayunar liviano y con jugo de naranja exprimido con hielo, en lugar de café con leche, té o mate cocido, las infusiones más habituales.

“Con este calor no da para hacer otra cosa que tomar un poco de sol y meterse a la pileta”, indicó la mujer mirando hacia la piscina, cuya agua estaba revuelta y

arremolinada por los chorros disparados por la máquina filtradora que el polaco había encendido justo antes de partir, tal como lo hacía cada mañana, antes de que los huéspedes se dieran el primer chapuzón, y también al anochecer, cuando ya no quedaba nadie dentro de la misma.

El traductor hubiese preferido regresar a la cabaña de Ana para poder estar los dos solos, pero la mujer tenía razón: el mejor plan era permanecer lo más cerca posible de una pileta y ella no tenía una en su domicilio y ni siquiera aire acondicionado en los ambientes cerrados. Por ello, luego de levantarse de la mesa fueron a buscar un par de toallas y una botella de agua fría y eligieron dos reposeras que colocaron en un sector del jardín próximo a la piscina pero también cercano a las sombras de los sauces que les permitían, a su vez, ponerse fácilmente a resguardo de la radiación ultravioleta cuando se agotaban de una prolongada exposición a la misma.

Y mientras él se abocó a terminar de una buena vez el libro sobre la historia de la villa que le había prestado Odek, ella prefirió escuchar música desde su *smartphone*. Inicialmente hablaron poco y nada entre ellos, y sólo coincidieron cuando uno decidía hacer una pausa en su respectiva actividad para darse un chapuzón y el otro lo imitaba. Así, terminaban los dos juntos dentro del agua, con sus cuerpos ardientes y semidesnudos, una tentación para ambos, aunque Ana sólo abrió la puerta de su extremo pudor para dar paso a unos pocos besos y abrazos; y ante cada contacto físico con Manu miraba frenéticamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie los estuviese mirando en ese momento.

Ni siquiera cuando los dos se dirigieron a la habitación de él para cambiarse sus respectivos trajes de baño por ropas secas y así estar más cómodos a la hora de almorzar, la mujer cedió ante los avances del traductor.

-Tengo hambre y se hace tarde -argumentó Ana cuando él, completamente desnudo, la abrazó por detrás y la tomó de la cintura aprovechando que ella estaba agachada, buscando sus prendas de vestir en el bolso que había dejado caer sobre la cama.

-No entiendo cuál es el problema ahora -se quejó él alejándose de la mujer, quien aun llevaba colocado su bikini húmedo-. Si nadie nos puede ver. En todo caso, hagamos poco ruido y nadie nos va a escuchar -agregó mientras cubría sus genitales con un *slip* y luego se acostaba sobre la cama, boca arriba.

-No hay ningún problema -Ana se inclinó sobre el torso de Manu y lo besó tiernamente en la boca en tanto que él la rodeó con sus brazos-. Tenemos el resto del día libre para estar solos.

La mujer permaneció recostada sobre el pecho del traductor hasta que éste aflojó la presión que sus fornidos brazos ejercían sobre ella y una vez que se liberó de los mismo se puso de pie, tomó la ropa que había seleccionado del bolso y se fue sonriente hasta el baño a cambiarse, con la puerta cerrada; lo que despertó las carcajadas de Manu, quien en vez de perseguirla para continuar el juego del gato y el ratón se quedó de pie junto al placar de la habitación de donde escogió unas bermudas y una remera.

La sombra de las enredaderas de la enorme pérgola que cubría el patio cervecero resultó una especie de oasis en medio del desierto para Ana y Manu, quienes respiraron aliviados luego de la caminata desde la posada hasta aquella esquina del centro comercial. Todavía cubierta de sudor, la pareja se sentó en una sillas plásticas en el sector de mesas destinadas para los comensales del local, el cual se completaba con una barra y mostrador también al aire libre y cuyos únicos ambientes cerrados eran la cocina, un pequeño depósito contiguo para la mercadería y los baños para los clientes.

-¿Después de comer querés que vayamos para tu casa o preferís volver a la pileta? -preguntó un Manu quien parecía distraído con el movimiento de los transeúntes que paseaban por la vereda o a bordo de sus vehículos.

-Prefiero hacer un poco más de pileta -Ana estaba sentada con la mirada puesta en la pantalla de su *smartphone* al tiempo que sus dedos prestidigitaban la respuesta a un mensaje instantáneo.

-Ok -Manu la miró pero ella siguió con la vista clavada en su aparato, por lo que no se percató del gesto desencantado de él.

-Además -Ana levantó la cabeza e hizo el celular a un lado-, es probable que hoy vuelva Carolina.

-Entiendo.

-Imaginate si ella nos descubre in fraganti. No da. Y tampoco le puede decir que no venga o ponerle condiciones porque es su casa también.

-Está bien, está bien -asintió Manu, quien ahora leía la carta con el menú.

¿Estará buena la amiga? Capaz que si nos ve en bolas se prende para un trío. Aunque Ana jamás haría algo así, evaluó él. Pero, siguió pensando, capaz que se despierta la bisexualidad de su juventud y ¿quién te dice? Es más, tal vez soy yo el boludo que cree que estas dos viven juntas pero nunca pasó nada entre ellas.

Minutos después, la pareja eligieron compartir una porción de “asado alemán”, que constaba de unos panes de carne picada al horno, con ensalada de papas y acompañaron la comida con una cerveza rubia, ligera y suave.

-¡Y yo que pensaba que en esta provincia de tomaba fernet como agua! -bromeó Manu apenas la mesera les entregó las dos jarras que habían ordenado.

-Sí que se toma mucho, pero justo en este lugar la cerveza es la bebida más importante.

-Ya me he dado cuenta.

-Es que tiene más calidad, variedad y mejor precio.

-Claro –dijo Manu levantando su jarra -¿Te acordás cómo tomábamos fernet cuando apenas nos conocimos? Por más frío que hiciese -preguntó justo antes de beber un largo trago que revivió su garganta castigada por las altas temperaturas.

-¿Como aquella noche de los raviolos? –ironizó ella.

-Uy, sí -unas pocas gotas de cerveza se escaparon por las comisuras de la boca del traductor-. ¡Qué noche esa!

-La verdad que pasó de todo.

-Hablando de todo un poco -Manu apoyó la jarra sobre la mesa-: el otro día me acordé del mensaje de texto que me enviaste esa madrugada cuando te llevé a tu casa....

-¿Cuál mensaje? –Ana miró a Manu, confundida.

-El mensaje sobre la votación en el Senado por la crisis del campo, ¿no te acordás?

-En este momento no, che.

Esta mina sí que tiene una memoria ultra selectiva que retiene sólo lo que más le conviene, pensó él.

-No importa –se impacientó Manu-, el punto es que me vino a la mente el recuerdo de la mañana siguiente, cuando estábamos en el colegio con Conrado y nos cruzamos con una profesora que no se había cansado de hablar pestes sobre el campo y maravillas sobre el Gobierno.

-Ajá.

-Y cuando en medio de la conversación saltó el tema del No de los senadores, la caradura dijo `¡cómo perdieron, eh!´ ¡Jajá!

-¡Qué veleta, por Dios! –sonrió Ana.

-Tremendo.

-¡Qué bronca que me da esa gente -la mujer se puso seria y apretó los dientes.

-No le des cabida -Manu estiró su mano y la posó sobre la de ella, quien echó un vistazo hacia el mostrador donde los cocineros dejaban los platos listos para que los distribuyeran los meseros, todos chicos jóvenes y residentes en la villa y sus alrededores.

-Trato, pero es más fuerte que yo -Ana torció la boca, resignada.

-Me imagino, sobre todo porque hay gente de ese tipo por todos lados.

-¡Uf! -la mujer se llevó la palma de su mano libre a la coronilla- Especialmente ahora, que la mano cambió de verdad. Para peor, claro.

-Para mí, siempre los hubo. Es parte de la lamentable historia de este país.

-Aflojá con la mala onda inglecito -la mujer apartó bruscamente la mano de él de encima de la suya.

-¡Mirá quién habla! -bromeó Manu y tras largar una fuerte carcajada se inclinó hacia Ana y le dio un pico.

En algún punto, el traductor tenía razón ya que determinados hechos que le siguieron a aquella gran crisis entre el Gobierno y el campo fueron realmente lamentables como, por ejemplo, que D' Agostino se convirtiese en diputado nacional gracias a su exposición mediática durante el conflicto, al igual que Díaz, aunque ninguno de los dos llegó a proponer siquiera un mísero proyecto de ley durante sus respectivos mandatos; en tanto que las cuatro entidades agropecuarias no volvieron a estar juntas en una mesa de negociación y cada una continuó su actividad por su lado, cuidando sólo los intereses de su sector, del mismo modo que el Poder Ejecutivo.

Claro que Ana también acertaba cuando afirmaba que el reciente cambio de Gobierno había empeorado la situación económica, política y social del país en muchos

aspectos, a pesar de que en otros se avizoraban pequeños cambios favorables que apenas se asomaban en el lejano horizonte y su llegada se retardaba cada vez más, probablemente ahuyentada por las voces apocalípticas de los eternos disconformes y los malos perdedores, y también de los infaltables anuncios de tormenta.

El almuerzo dejó bastante cargados tanto a Ana como a Manu a pesar de que estos compartieron casi en partes iguales una única porción de comida, por lo que al regresar a *Los Sauces*, la pareja decidió permanecer un largo rato en el interior de la habitación del traductor para hacer la digestión en un ambiente cerrado y con aire acondicionado antes de volver a salir al jardín y exponerse al sol junto a la pileta, alrededor de la cual los insectos, tanto voladores como terrestres, abundaban bajo la opacidad de los árboles, avivados por la omnipresente humedad y el pasto cada vez más alto, lo que convertía al jardín en una gran ensalada de hierba, tallos y pétalos multiformes condimentados con un toque de aceite celestial.

-Me alcanzás el control remoto, inglecito –Ana señaló con el dedo índice de su mano derecha el diminuto aparato rectangular color negro apoyado sobre la mesa de luz ubicada del lado de la cama donde estaba recostado Manu, libro en mano.

-Cómo estás con eso, eh –Manu tomó el control y resoplando se lo alcanzó a la mujer, acostada junto a él.

-¿Te molesta?

-Para nada –Manu negó con la cabeza mientras sus ojos recorrían los primeros renglones de la página-. Sé que es una broma.

-Claro que es un chiste –Ana encendió el televisor y comenzó a hacer un *zapping*.

-Aunque tanto lo repetís que me dan ganas de estar allá.



-¿Dónde? ¿Inglaterra?

-Y sí.

-¿Estuviste ahí? –Ana dejó de mirar la pantalla y se dirigió a Manu.

-Ajá –el traductor cerró el libro y lo apoyó sobre el colchón, a la altura de su cintura, como si la mesita estuviese demasiado lejos e implicase un gran esfuerzo alcanzarla-. Después de recibirme me fui de viaje con un amigo, también traductor de Inglés, a Gran Bretaña y parte de Europa.

-¡Qué bueno!

-Es increíble. Sobre todo, Londres.

-Me imagino –asintió Ana. ¡¿Qué es lo que pasa con ese maldito lugar?! Parece que fuera una moda, che, pensó.

-Es una ciudad verdaderamente extraordinaria, de Primer Mundo, y eso que yo sólo estuve de paseo y no tengo mucha idea de cómo es vivir allá, lo cual puede resultar bastante caro.

-Ajá.

-Pero es linda, limpia, moderna, todo funciona y en cualquier momento los ingleses van a inventar una máquina para mejorar el clima y ahí sí que va a ser un lugar perfecto.

-Mirá vos –Ana procuró sonar indiferente y volvió a mirar la pantalla del televisor.

-Perdón que me colgué hablando de Londres, me olvidé que tu ex está allá – Manu se colocó decúbito dorsal, con una mano sosteniendo su cabeza y la otra apoyada gentilmente sobre el abdomen de la mujer, quien se encontraba boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la nuca.

-No hay problema. En serio.

-Ok –Manu hizo una pausa y se reubicó en la misma posición que ella-

Igualmente, te quiero dejar en claro que lo que más me gustó de Europa fue Berlín.

-¿Ah, sí?

-Totalmente.

-¿Por? -la mujer apartó la vista de la pantalla.

-Porque si bien es tan amplia y verde como Londres, el clima es más agradable, hay menos gente y se vive un ambiente sumamente relajado, tanto de día como de noche. Y, además, no es cara, un dato no menor.

-¡Qué buena onda! -Ana abrió grande sus ojos y miró a Manu-. Si hay una ciudad europea que siempre quise conocer es Berlín.

-Bueno -el traductor comenzó a acariciar la cabellera de la mujer-, quizás, algún día lo hagas.

-¿Y por qué no?

Hasta podríamos ir juntos, pensó él, al tiempo que ella se volvió a enfocar en la transmisión televisiva.

-Che -interrumpió Manu segundos después-, ¿te puedo hacer un comentario personal? Necesito sacarme una duda.

-A ver...

-No me voy a referir a tu relación con Juan porque no la conozco y tampoco me corresponde hacerlo...

-No te atajes porque ya te dije que no me molesta hablar del tema –mintió Ana.

-¿Segura?

-Sí, segura.

-Bueno, ahí va: yo puedo entender perfectamente por qué Juan cambió Londres por este país, pero lo que no me cierra de ningún modo es por qué antes de eso decidió

abandonar la Capital y venirse a la villa, de un día para el otro, cuando vos misma me dijiste que tenía un muy buen trabajo.

-Ah, eso –Ana suspiró, con la vista al frente-. Esa es una larga historia.

-Me gustaría escucharla –Manu se sentó en la cama, como indio-. Además, el sol todavía está fuerte como para ir a la pile...

-Está bien –la mujer apagó el televisor y se sentó con la espalda contra la pared y la piernas extendidas hacia los pies de la cama-. Pero lo que te voy a contar es algo sumamente privado, que muy pocas personas lo saben. Así que no se lo podés contar a nadie, ¿entendiste?

-Sí, quedate tranquila –Manu observó que la mujer lo miraba con severidad, por lo que juntó ambas manos como en una plegaria.

-Calculo que estarás al tanto del Caso Rosenthal.

-¿El fiscal muerto?

-Sí, el mismo.

-Claro, como todos los ciudadanos de este país.

-Ok.

-¡¿Vos lo mataste?! –exclamó Manu con una sonrisa.

-Si vas a joder con este tema no te cuento nada, eh...

-Está bien. Perdón.

-Lo que pasó es que Juan fue uno de los testigos de esa causa y, por decirlo de alguna manera, eso le trajo serios problemas.

-Pará, pará, pará, pará.... –Manu abrió grande los ojos-. ¿Vos me estás diciendo que tu ex, es el famoso Juan que salió por todos los medios a denunciar las irregularidades de los primeros investigadores que llegaron al departamento del fiscal, poco después de encontrarlo muerto?

-Sí.

-¡Uh!, ¡qué garrón! –El traductor se pasó los dedos por la frente y se dejó caer de espaldas -¡Qué chico es el mundo!

-No alcanza ni para esconderse de los malos.

-Tal cual.

-Aunque a estas alturas ya resulta casi imposible distinguir a los buenos de los malos.

-Absolutamente –Manu se sentó nuevamente y se volvió hacia la mujer, inquieto-. ¿Y qué le pasó exactamente a Juan?

-Y a mí también.

-Cierto.

-...

-Pensándolo bien... no estoy seguro de querer saberlo...

-Afortunadamente no pasó a mayores porque actuamos rápido, con prevención.

-En qué quilombos nos metió ese fiscal, eh.

-Ni te lo imaginás.

-¿Sabías que Rosenthal en alemán quiere decir ´valle de rosas´?

-No, no lo sabía.

-Es un apellido judío.

-Mirá vos.

-Sí, sí.

-Es como si mi vida girara en torno a un valle u otro –expresó Ana, aliviada, como si se hubiese quitado un peso de encima.

-Pareciera que sí.

En la época en la que ocurrió la dudosa muerte del fiscal Rosenthal, Ana había dejado de cursar Ciencia Política debido, en parte, a que la corrupción del sistema la terminó agotando y, sobre todo, frustrando. Pero su deseo de ayudar a la comunidad no varió, por lo que eligió otra carrera que iba a permitirle resolver los problemas de las personas más necesitadas: Medicina. Claro que ésta implicaba un mayor esfuerzo y más horas de estudio, más aun en la Universidad pública a la que ella asistía, por lo que tuvo que dejar de trabajar a tiempo completo. Esto le significó una drástica caída de ingresos, la cual suplió gracias a la habitual buena predisposición de sus padres y también a los aportes de Juan, quien ya había concluido sus estudios universitarios y trabajaba en un coqueto hotel de Recoleta, donde, a su vez, residía el fallecido representante del Ministerio Público.

Así fue que la noche en que murió el fiscal, Juan terminó su turno en el hotel y caminaba hacia la parada de colectivos para regresar a su casa cuando pasó de casualidad por el frente de la torre de departamentos en la que vivía Rosenthal y fue convocado imprevistamente por un par de efectivos de seguridad allí presentes para que fuese testigo de los procedimientos que se llevaban a cabo.

Según Ana, Juan llegó de día a su casa, donde ella lo esperaba preocupada ya que la noticia sobre la muerte del fiscal ya se había convertido en un escándalo a nivel mediático, y cuando él le contó todo lo que había visto en el departamento de Rosenthal, la mujer no dudó en sugerirle a su novio que hablara con la prensa para tratar de buscar cierta cobertura.

Pero la exposición que logró Juan no evitó que comenzara a recibir amenazas, por lo que él, preso del miedo y la desesperación, terminó convenciendo a Ana de mudarse los dos juntos lo más lejos que les fuera posible, y el lugar más accesible en

ese momento resultó *Villa Alemana*, donde Odek y Laura les tendieron una mano alojándolos y dándoles trabajo en *Los Sauces*.

Juan era un sobreviviente de la Tragedia de Cromañón y cuando convenció a su novia de mudarse le dijo tajante: “La corrupción casi me mató una vez, así que ahora no voy a arriesgarme a que lo intente de nuevo.”

Según Ana, el plan de reubicación de Juan, de acuerdo a las propias palabras de éste, iba a ser “algo provisorio”, lo que, en definitiva, fue lo que terminó por inclinar la balanza a pesar de que ella no estaba completamente a gusto con la idea de dejar de lado a su familia, su casa, su trabajo y sus estudios. Claro que también fue determinante que, al mismo tiempo, Ana no se sentía del todo satisfecha con la vida que estaba llevando debido a que no le iba bien en la Facultad –había fallado en un par de correlativas y en el siguiente cuatrimestre sólo iba a poder cursar una sola materia- ni en el plano laboral.

Además, esta situación provocó que, de alguna forma, Juan reviviese el trauma que significó para él lo ocurrido en Cromañón, que lo había llevado a estar un mes hospitalizado y dejado varias secuelas contra su salud, entre ellas, una insuficiencia pulmonar que le impedía realizar cualquier actividad física intensa. De hecho, Ana había dejado de fumar cuando se enteró de todo esto y hasta descartado por completo su concurrencia a los recitales de rock que tanto le gustaban.

-Por todo eso es que llegué a la conclusión de que un cambio de aire podía ser beneficioso para los dos y para nuestra relación –indicó Ana, quien seguía sentada sobre la cama, mientras que Manu ahora se encontraba de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior de la habitación, en dirección al Este, donde la luminosidad comenzaba a bajar su intensidad y a pintar el paisaje con tonos más relajantes.

-Sinceramente, nunca me hubiese imaginado que te habías mudado en esas circunstancias –el traductor dio media vuelta y se dirigió a Ana, quien se levantó de la cama y caminó hasta él.

-A nadie se le ocurriría pensar en algo así. Fue de película -la mujer se pegó a Manu y lo abrazó alrededor del pecho.

-De película de terror.

-Tal cual.

-¿Y vos por qué estás acá? –Ana alzó la vista para mirar el rostro de Manu, que mantenía un gesto serio-. Digo, ¿de qué estás escapando?

-Yo no estoy escapando de nada ni de nadie. Vine porque quería verte –se defendió él de la infalible intuición femenina, tras lo cual tomó el control remoto de la mesita de luz y encendió el televisor.

-Yo ya te conté todo. Ahora te toca a vos –Ana despojó a Manu del control del televisor y lo apagó. Luego se sentó en el borde de la cama, se cruzó de brazos y lo miró fijamente-. Me parece que es lo más justo, sobre todo, si tenemos la intención de que lo nuestro siga.

Vos querías estar en el baile, ahora baila, se dijo Manu, quien no pudo evitar bajar la guardia al escuchar la palabra “nuestro” saliendo de la dulce boca de ella como una promesa y no una utopía.

-Tenés razón –indicó él sentándose junto a la joven, con la espalda erguida.

Entonces, Manu le contó a Ana cómo se había producido su separación con Cecilia, su única ex concubina, quien al momento de conocer al traductor era una joven porteña que vivía con sus padres, estudiaba en la Capital Federal y militaba en la Juventud Triunfadora (JT), la cual apoyaba al Gobierno Nacional.

Manu se enamoró rápidamente de la joven y cuando ésta concluyó sus estudios universitarios en Sociología, él le propuso que se fueran a vivir juntos a *Trevithick*, ante lo cual, ella puso como condición alquilar una vivienda más amplia, tipo dúplex, para que los dos estuviesen más cómodos, a pesar de que esto resultaba más costoso, en especial para el traductor, quien era el principal sostén del hogar ya que Cecilia no tenía un trabajo fijo bien remunerado.

Según Manu, la convivencia fue problemática desde el comienzo ya que la joven era “más porteña” que él y no le agradaba vivir en el conurbano y tener que viajar todos los días en un defectuoso transporte público hasta la Capital. Ante esta situación, el traductor se las ingenió para comprar un auto usado y barato para que Cecilia pudiese conducir y ahorrarse algo de tiempo, pero esto tampoco funcionó porque le permitió a la joven permanecer más horas fuera de casa, participando de las extensas reuniones y reiterados eventos de la JT.

Y el fin de la relación fue inevitable cuando en uno de esos eventos, el cual incluyó un viaje de fin de semana, Cecilia engañó a Manu con un compañero de la Unidad Básica con quien ella ya había tenido una relación un par de años antes. Así, abrumada por la culpa, la joven, quien nunca le había ocultado al traductor que su ex novio militaba con ella, admitió su traición y anunció que se quería separar y regresar a Capital.

Tras la separación, Manu debió vender el coche que le había comprado a Cecilia para poder pagar el año de alquiler del dúplex que le quedaba ya que con su sueldo de docente no alcanzaba para mantener todo eso. Y recién se acomodó económicamente cuando consiguió un puesto como traductor en una petrolera multinacional cuyas oficinas estaban ubicadas en la Capital.



Este nuevo trabajo fue un gran cambio para Manu, quien decidió dejar de dar clases en la escuela –no así de manera particular y a domicilio- y mudarse a la Capital para estar más cerca de su oficina. Y si bien regresó al mismo barrio en el que había nacido y crecido, y volvió a estar cerca de su familia, siempre extraño *Trevithick*.

Pero no hay mal que por bien no venga, y viviendo en Capital, Manu aprovechó para regresar a la Facultad y estudiar idiomas. Y apenas había comenzado con las clases de Alemán cuando retomó el diálogo, vía *smartphone*, con Ana y ésta le comentó que estaba viviendo en una villa, justamente de origen germánico.

-Ahora soy yo la sorprendida –dijo Ana parada en el umbral de la puerta del baño de la habitación.

-¿Por qué? –preguntó el traductor desde la cama.

-Porque nunca me hubiera imaginado que ibas a elegir como pareja a una militante política –la mujer terminó de secarse las manos con la toalla, la devolvió a su lugar y fue hasta la mesa del rincón a hurgar en su bolso.

-Bue... ¿acaso vos no sos una peronauta? –ironizó él siguiendo con su mirada cada movimiento de ella.

-Yo admito mi ideología política pero nunca fui ni seré una militanta, de esas que están todo el tiempo agitando la manito arriba, como en la tribuna -respondió ella, sarcástica, tomando el porta cosmético del cual extrajo un pequeño espejito.

-De todos modos –Manu se levantó de la cama y se ubicó en la otra silla junto a la mesa, al lado de Ana-. Mi relación con Cecilia no fracasó porque ella era militante, sino porque me engañó.

-Pero eso le puede pasar a cualquiera –Ana miraba el reflejo de su rostro en el espejito, buscando imperfecciones en la piel para ocultarlas con un poco de maquillaje o

alguna crema, a pesar de que tenía previsto regresar, en breve, al jardín para tomar sol y refrescarse en la pileta.

-Fue la primera vez que me pasó algo así, o al menos que yo me haya enterado, y no hubo vuelta atrás.

-¿O sea que no volvieron a intentarlo?

-No.

-¿Por qué?

-Porque yo me enojé mucho con ella por lo que me había hecho y por querer dejarme después de todo lo que yo me había esforzado por hacer lo mejor posible por la relación y entre todas las cosas horribles que nos dijimos nos juramos no volver a vernos.

-¡Fuerte, eh! –Ana guardó el espejito dentro del porta cosmético y se volvió hacia él-. ¿Así que nunca volviste siquiera a hablar con ella?

-Nunca digas nunca –Manu hizo una larga pausa y respiró hondo.

-¿Por? –la mujer se quedó revisando el interior de su cartera, como si el comentario de Manu no la hubiese sorprendido en lo más mínimo y supiese lo que él le iba a decir a continuación.

-Porque yo pensaba que no iba a tener que hablar con mi ex nunca más hasta hace unas semanas atrás.

Poco antes de que decidiese ir a visitar a Ana a Villa Alemana, el traductor recibió el llamado inesperado de Cecilia, quien le pidió por favor reunirse los dos a charlar porque tenía “algo muy importante” que decirle. Manu aceptó poco convencido y cometió el error de proponerle que lo fuese a ver a su nuevo departamento, en Capital, en vez de elegir un punto de encuentro neutral.

El día acordado para el reencuentro Cecilia tocó a la puerta del departamento del traductor y cuando éste abrió la vio de la mano de un niño de unos tres años. “Mi hijo, Máximo”, dijo la mujer ante el desconcierto de Manu, quien inmediatamente comenzó a hacer cuentas matemáticas en su mente aturdida y al llegar a los resultados que él temía, se preocupó.

Mientras el niño se quedó mirando los dibujos animados en la televisión y jugaba con unos chiches que su madre cargaba en su bolso de mano, el traductor y Cecilia se sentaron a charlar y ella le contó que él era el padre biológico de Máximo y que no se lo había dicho antes porque hasta hacía muy poco tiempo había estado en pareja con su compañero de la ya desaparecida JT y no quiso arruinar esa relación también. Ahora, que ella estaba soltera finalmente se había decidido a contar la verdad, incluso a su compañero, a quien también mantuvo engañado durante más de tres años.

“¿Podés creer que nos mintió a los dos?!”, exclamó Manu ante la muda mirada de Ana, quien lo escuchaba sentada en la silla, con los brazos sobre su regazo, y enseguida le aclaró que, según su ex, la relación de ésta con el compañero de la JT no se había terminado por esa razón y que, incluso, aquel se había tomado la novedad con suma calma ya que siempre había sospechado que no era el padre biológico de Máximo.

“Pobre nene. Me da mucha pena por él porque tiene una madre que es una bruja”, masculló Ana mirando hacia la ventana de la habitación, por la que alcanzó a ver algunas nubes copando el cielo.

Pero Manu también dudaba de su paternidad y de la historia que le había contado su ex, al punto que no descartaba que fuese todo un invento urdido por Cecilia para buscar apoyo económico para ella y el niño a partir de que se había quedado sola y, muy probablemente, no tuviese ingresos fijos.

Por ello, el traductor le dijo a Cecilia que él no se iba a hacer cargo de nada hasta que no se realizara una prueba de ADN que comprobase su paternidad biológica y ella no tuvo más remedio que estar de acuerdo con la propuesta. Sin embargo, hasta aquella tarde en *Los Sauces*, no se habían conocido los resultados del peritaje genético, por lo que el interrogante seguía abierto.

Manu no se enorgullecía de esta situación, sobre todo por haberla mantenido oculta de Ana durante su estadía en la villa dado que le había costado más de la cuenta encontrar el momento adecuado para revelar su secreto. Pero, finalmente, acababa de llegar el día en que tanto él como Ana echaron todas sus cartas sobre la mesa.

“No sé qué es lo que va a pasar. Pero si es efectivamente mi hijo voy a querer estar cerca de él”, afirmó el traductor y alzando la vista hacia Ana agregó: “Yo sé que esto que te acabo de contar cambia todo.”

Ana permaneció callada, en tanto que Manu, luego de aguardar unos instantes algún comentario de ella que nunca llegó, fue hasta el baño y se colocó el traje de baño para ir a la pileta, tal como lo habían previsto.

Mientras que Ana se colgó el bolso al hombro y fue hasta el salón comedor a esperar allí a que el traductor estuviese listo. Y cuando éste apareció con las dos toallas bajo el brazo le dijo:

-Recién me acordé que tengo que terminar un pedido de dulces para mañana.

-Pensé que tenías el día libre -señaló Manu caminando hasta el sector de los sillones, donde Ana lo esperaba.

-Sí, ya sé que te dije eso, pero tengo que entregarlo mañana temprano sí o sí – Ana se alejó hacia la puerta de salida.

-Te enojaste por lo que hablamos recién, ¿no? –Manu se acercó hasta ella, dejó las toallas sobre uno de los apoya brazos de los sillones y la tomó de ambas manos.

-No me enojé. Pero no me gustó tampoco.

-Ok.

-A la noche nos vemos y charlamos más tranquilos, ¿sí? –sugirió Ana y luego le dio a Manu un beso de despedida.

-Está bien –Manu soltó las manos de la mujer-. Después paso por la cabaña y cenamos ahí o vamos al centro, ¿te parece?

-Dale –la mujer dio media vuelta y caminó rápido hasta la tranquera y en el trayecto apenas saludó con un gesto de la mano y a la distancia a Odek, quien rastrillaba las hojas muertas que le daban mal aspecto al parque, en el que los ovejeros jugaban a morderse y los hijos del polaco corrían de un lado al otro.

El final de la tarde se nubló por completo, por lo que la luna y las estrellas brillaban por su ausencia cuando Manu llegó en penumbras hasta la cabaña de Ana, quien todavía llevaba colocado un delantal repleto de manchas y las manos pegoteadas cuando fue a recibirlo.

-¿Está Carolina? –preguntó el traductor asomándose tímidamente por el umbral de la puerta.

-No, al final vuelve en un par de días -Ana abrió la puerta del todo y se paró de costado dejando libre el paso-. Pasá, pasá.

Manu entró despacio y se dirigió hasta la mesada, donde depositó una bolsa de nailon blanca con un bulto adentro.

-¿Qué trajiste? –Ana caminó hasta la mesada, se sacó el delantal y luego se dirigió hasta la canilla para lavarse las manos.

-Te compré un poco del pan de nuez que tanto te gusta –Manu abrió la bolsa de nailon y extrajo un largo y grueso trozo de ese pan recién salido del horno.

-¡Qué rico! Gracias –la mujer se arrimó a Manu y lo besó en la boca.

-Para el desayuno o la merienda.

-¿Fuiste a comprarlo a la panadería o lo pasó a buscar Odek? –Ana envolvió el pan nuevamente en la bolsa y lo hizo a un costado.

-Fui yo –Manu se sentó en una de las banquetas junto a la mesada-. Odek me explicó dónde quedaba y salí a dar un paseo.

-¿Y cómo estuvo el paseo? –la mujer se sentó al lado de él, en otra banqueta-. A la tardecita se puso lindo, ¿no?

-Estuvo interesante.

-¿Qué conociste de nuevo?

-De nuevo, nada. Todo lo contrario.

-¿Todo lo contrario? No entiendo.

Entonces, Manu, con una sonrisa picaresca, le contó sobre el encuentro con el pasado que él había mantenido un rato antes en el centro comercial de la villa, en plena avenida principal, la misma por la que había pasado infinidad de veces durante su estadía.

Manu caminaba por la vereda en dirección a la panadería austríaca que elaboraba los deliciosos panes de nuez y que estaba ubicada en una ochava frente a la plaza central donde ya no quedaban indicios de la *Sommerfest*, excepto por alguna que otra bandera que flameaba de los mástiles. Y mientras subía y bajaba por las escalinatas de laja delante suyo vio a un hombre que transitaba en sentido opuesto al suyo y su rostro le resultó familiar. Dudó unos instantes, pero en cuánto lo tuvo más cerca llegó a la conclusión de que se trataba de un ex compañero del secundario al que no veía hacía años, desde que él había vuelto a vivir en la Capital.

Lo llamó por su nombre, “Horacio”, y éste lo reconoció una vez que volvió a la realidad ya que cuando caminaba silbando y con las manos en los bolsillos parecía tener la mirada perdida y la mente en cualquier otro lado.

Según Manu, Horacio le comentó que se había mudado hacía tiempo a Villa Alemana donde se hizo cargo de un local de loterías y quinielas en pleno centro, y al que se dirigía al momento de cruzarse ambos en la vereda.

“Me contó que un verano vino de vacaciones, conoció a una mujer de acá, se casó y ahora tienen un nene”, recordó el traductor mientras Ana escuchaba su historia y terminaba de limpiar la cocina.

Manu comentó que Horacio había sido una de las mayores promesas del hockey sobre césped masculino de los `90, cuando obtuvo un campeonato nacional con su pequeño club en Quilmes y la medalla de oro en los Juegos Panamericanos de Mar del Plata con la Selección Nacional.

Sin embargo, en el mejor momento de su carrera, durante un partido por el torneo local, agredió físicamente a un árbitro y lo suspendieron de por vida, en realidad por 99 años. Y la sanción no sólo le impedía jugar sino también desempeñar cualquier función en el ámbito de la Asociación de Hockey como, por ejemplo, ser entrenador de un equipo.

Tras esta dura sanción, Horacio, quien había dejado de lado sus estudios universitarios para dedicarse exclusivamente a jugar al hockey, cayó en un pozo depresivo que lo llevó a beber en exceso y a trabajar de cualquier cosa, mientras que su hermano menor, Patricio, quien no era tan talentoso como aquel, se mudó a España donde tuvo una exitosa carrera primero como jugador y luego como entrenador.

Durante la época en la que se instaló en *Trevithick*, para Manu era algo muy común cruzarse con Horacio en el *buffet* del club o en el bar situado enfrente de la

estación de trenes, siempre borracho y en mal estado, gordo y de pésimo humor. “Siempre estaba predispuesto a agarrarse a trompadas con cualquiera que tuviera un contrapunto con él y, además, se ponía denso como un disco rayado al repetir una y otra vez sus hazañas como delantero goleador”, recordó el traductor, quien una vez que Ana terminó de limpiar la mesada se fue a sentar a los sillones junto a la mujer, que aguardaba a que Manu concluyera su relato para ir a darse una ducha y dejar de parecer una cocinera y verse como una dama más atractiva.

-¿Y cómo terminó un tipo así acá? –la mujer miró con atención al traductor ya que siempre le había entretenido como él narraba sus historias, cualquier historia, como si fuese un cuentista.

-Si mal no recuerdo –Manu se acomodó en el sillón-, Horacio venía todos los años a la fiesta de la cerveza junto a un grupo de borrachos del barrio...

-Claro.

-Y hoy me contó que pudo radicarse acá cuando sus padres murieron y con la plata de la venta de la casa de aquellos compró el local acá.

-¿Pero él sabía cómo manejar un negocio de loterías y quinielas?

-No creo –Manu no pudo contener la risa-. Pero, según él, fue lo primero que le ofreció la inmobiliaria y lo único que podía pagar.

-Mirá vos –Ana, sentada enfrente del traductor, se inclinó sobre la mesa ratona para acomodar jarrón con la flores que ella había cortado esa tarde de su propio jardín.

-Por suerte –continuó Manu observando como Ana acariciaban los pétalos multicolores e inhalaba hondo por la nariz para sentir el perfume de las flores-, el que le vendió el fondo de comercio lo asesoró durante varias semanas y también lo contactó con un matrimonio de ancianos que le alquiló una especie de garaje ubicado en la casa, donde vivió inicialmente hasta que se puso en pareja con su actual mujer.



-¡Qué loco! –exclamó Ana justo antes de ponerse de pie para dirigirse al baño.

-Es increíble como pasó de ser un borracho y vagabundo, a la persona con la que me encontré hoy –Manu estiró su brazo y tomó a la mujer de la mano para evitar que ésta se alejase de él.

-Será el poder del amor lo que lo cambió. ¡Jajá! –bromeó la mujer, quien se agachó hasta besar a Manu y después retomó su marcha pasando primero por su habitación para buscar la ropa que necesitaba.

-¿Sabés qué es lo que más me llamó la atención, Ani? –la pregunta de Manu hizo que la mujer se volviera sobre sus pasos por unos instantes- Verlo yéndose a trabajar como el hombre más feliz del mundo. Y cuando me dijo que a su familia la adoraba más que al hockey supe que jamás se va a ir de esta villa.

Ana sintió en ese momento que una fuerte emoción le atravesaba todo el cuerpo y entornó sus ojos vidriosos al tiempo que sus mejillas se ruborizaron. Agachó la cabeza y, callada, dio media vuelta y se introdujo en su dormitorio. Tal vez ella también entendió todo, pensó Manu al ver como la habitual coraza de su “chinita” se derretía lentamente, a cada paso que daba.